

FERNANDO TURNER D.

“TEN CUIDADO CON LOS FALSOS DOGMAS; PUES SON MÁS PELIGROSOS QUE LA IGNORANCIA MISMA!”

GEORGE BERNANRD SHAW



Copilado de editoriales del autor Fernando Turner en temas económicos sobre México publicados como opinión invitada durante el periodo 2006 – 2015* por Grupo Reforma/ El Norte

Contador público de profesión, ocupó diversos cargos directivos en importantes corporativos de México y posteriormente emprendió su actividad empresarial. A lo largo de más de cuatro décadas de experiencia profesional y empresarial, y habiendo vivido diversas etapas económicas y políticas del país, lo llevan a cuestionarse por qué el país perdió dinamismo y crecimiento económico en las últimas décadas. Es así que en el año 2004 decide estudiar una Maestría en Administración Pública en la Universidad de Harvard.

Actualmente es presidente de Katcon, empresa Mexicana del giro automotriz con plantas en más de 10 países, empresa que fundó en 1993, y presidente de la Asociación Nacional de Empresario Independientes, A.C. (ANEI) organismo que busca impulsar propuestas y participar en el debate de políticas públicas para un mejor desarrollo económico del país.

*Marzo 2015

2015 - Asociación Nacional de Empresarios Independientes, A.C. – www.anei.org.mx

(Por orden de fecha de publicación de forma descendente)

Índice

¡Y nos estalló!	3
Sin buenas expectativas	5
Callejón con salida	8
El Dogma y el Plan B.....	10
Candidaturas independientes y más	12
¡Son los empleos!	14
Basta ya	16
Nuevo triunfo del fracaso.....	18
Guerra de divisas	20
Siervos y amos.....	22
Puros cuentos chinos	24
Los responsables y la solución.....	26
El plan necesario	28
Incapaces	30
Desinflando al peso	32
CONTRAPUNTOS / Paro técnico.....	34
A renovarnos	36
Al garete	38
CONTRAPUNTOS / Dólar caro	40
Inflando la Burbuja	42
CONTRAPUNTOS / Aumento de la tasa de interés.....	44
Se hace bolas el engrudo	46
El Gobierno y sus consentidos	48
'Liberalismo' burocrático	50
Refugio en el autismo	52
Extraviados.....	54
Iniciativa de reforma fiscal	56
Deteriorará el sentido de identidad de Monterrey como la capital industrial del País	58
El buen camino.....	60

Camino errado 62

Onerosa e injusta reforma 64

Primero, los monopolios 66

Teoría vs. Realidad 68

Divergencia 70

Fast track..... 72

Cero excusas 74

Monopolios 76

Mito del tipo de cambio 78

Mitos del crecimiento económico..... 80

¡Y nos estalló!

(El Norte, marzo 22, 2015)

Fernando Turner

En un artículo hace un par de meses comentaba que sin cambios sustanciales a la política económica, la paridad nos estallaría. Ya inició el fulminante y podría ser solamente el principio.

Desafortunadamente, en una situación de crisis no atendida como la presente, las opciones se reducen y los peligros aumentan.

Los riesgos a los que nos enfrentamos son potencialmente catastróficos y es necesario ponderarlos para evitar borrascas como las de 1995, 1987, 1982 y 1976. Las circunstancias son parecidas debido a la ineptitud y ceguera de los responsables de la política económica, seguida fidelísimamente desde hace 30 años, a pesar de los fracasos evidentes.

La realidad es que estamos "cajeados". Las reservas del Banco de México, las más altas de toda la historia, se deben totalmente, pues no alcanzan para pagar la deuda interna en poder de extranjeros, cuyo monto es de 144 mil millones de dólares, y la tenencia de acciones en Bolsa mantenidas por extranjeros, las cuales ascienden a 167 mil millones de dólares.

Las reservas de 195 mil millones de dólares equivalen al 66 por ciento de lo que extranjeros pueden sacar del país en unos pocos días. El Banco Central ha seguido la irracional política de pedir prestado a extranjeros al 4 por ciento para crear reservas que ganan cero por ciento.

Con la reducción en los ingresos petroleros y la creciente inestabilidad social, aunado al desinfe de la imagen del País y al inminente aumento de tasas en Estados Unidos, ahora la presión sobre el tipo de cambio es inmensa y solamente es contenida por la fachada de liquidez que produce la ignorancia.

¿Qué acciones puede tomar el Gobierno? A corto plazo, sólo le queda mantener la calma, aparentar que todo está bajo control y esperar que el Espíritu Santo resuelva el problema elevando rápidamente el precio del petróleo para encontrar espacio que permita soluciones de fondo. Por eso el "no pasa nada", "tenemos reservas", "la macroeconomía está sana".

Ante el riesgo inminente, algunos responsables como Carstens empiezan a filtrar su "descontento" y tratan de desmarcarse de las malas decisiones causantes de la impreparación.

Si no pasa nada, se tratará de regresar al Peso lo que se pueda, "para castigar a los especuladores"; y si funciona, seguir así hasta llevarlo otra vez al inflado nivel que haga que sea rentable desinflarlo de nuevo. Todo por contener la inflación, sin reconocer que se origina principalmente por los precios monopólicos del Gobierno y de algunas empresas mal privatizadas.

Pero si pasa, entonces regresaremos a lo vivido en 1995 y eso no es agradable.

Esto nos pasa porque la política fiscal, monetaria, cambiaria y comercial son inflexibles, pues no aprendemos de las crisis.

Debemos entender: no podemos gastar el ingreso petrolero porque crea adicción política para gastar sin freno; porque monetiza dólares inflando la moneda nacional arriba de su valor real y descobija al sector productivo empleador. Porque permite crear programas clientelares que ensucian el juego democrático.

No podemos abrir el comercio exterior con una moneda sobrevaluada porque produce déficits comerciales que deshacen cadenas productivas, perdemos empleos y habilidades y derrochamos en baratijas las divisas del recurso.

Si además abrimos la cuenta de capitales manteniendo tasas de interés más elevadas que en Estados Unidos "para evitar inflación", nos llenamos de dólares especulativos que huyen a las primeras de cambio y detonan el petardo.

Sin cambiar estos elementos, no creceremos, nunca tendremos estabilidad permanente y nos exponemos indebidamente a las crisis externas.

¿Dónde están los Diputados que aprobaron todas estas estrategias en los presupuestos de los últimos años? ¿Dónde está el sector privado para denunciar esta política que destruye empresas y empleos? ¿Dónde las universidades planteando soluciones con estudios críticos?

Entregamos en macolla por miedosos ante el dogma y sus canónigos.

Sin buenas expectativas

(El Norte, enero 11, 2015)

Fernando Turner

Ha terminado otro año de desengaño y espejismos fabricados por la tecnocracia y su corte. Espejismos que se convirtieron en panacea y que fueron remisos en generar entusiasmo y acelerar la inversión.

Se apostó todo a esas reformas olvidando la operación de las variables económicas que sí afectan la decisión de invertir.

Las políticas monetaria, cambiaria, comercial y fiscal, escritas en piedra, continuaron su acción recesiva, confiando en que el reformismo evitara otro fracaso.

Aun con todo su ímpetu, la realidad no logra fragmentar la ciega fe en el dogma que ha producido estancamiento, pobreza y desigualdad.

Los tecnócratas y su legión se niegan a reconocer lo obvio: algo está sustancialmente mal en el modelo económico.

Se prefiere tratar de rediseñar al País, con enormes costos políticos, en una entelequia para que funcione el sistema y no para adaptar la operación económica a la realidad de México.

Por esa obstinación, por esa falta de flexibilidad, empezamos 2015 sin expectativas favorables, expuestos al vendaval mundial y guiados por una autodestructiva obsesión. En medio de la tormenta petrolera, un minúsculo paraguas financiero y el "estamos blindados". Sólo hay preocupación por cubrir el presupuesto y pasar las elecciones.

Ante el inminente aumento de tasas de interés en Estados Unidos, estancamiento en Europa, desaceleración en China y recesión en Japón, nos escudamos en un frágil equilibrio mantenido con los alfileres del dinero golondrino y la quimera de la bonanza.

Para enfrentar la inestabilidad social causada por la quiebra de la gobernabilidad, la justicia, la transparencia y la seguridad –resultado de décadas de cambios cosméticos y estancamiento– se compra tiempo, se oculta la realidad y se improvisan programas sin operatividad.

Encontrar los catalizadores de la inversión, sancionar culpables y liderar cambios de fondo no está en la agenda.

Ya es tiempo de que reconozcamos que el modelo económico es inadecuado y que se necesita ajustarlo. Que decidamos emplear todas las herramientas para acelerar la inversión, el empleo y la mejora en los ingresos de la población. Que dejemos atrás el miedo de aplicar medidas diferentes al sacrosanto canon neoliberal.

Esto implica reducir el gasto público excesivo eliminando gastos dispendiosos, ofensivos e inmorales, y atacar la corrupción.

Hacerlo permitiría bajar impuestos y sintonizar ya los precios excesivos de energía con los mundiales, ampliando la rentabilidad de las inversiones privadas y acrecentando el ingreso disponible de consumidores.

Debemos alinear los precios internos de los monopolios a los internacionales y combatir enérgicamente las prácticas anticompetitivas que aprisionan a emprendedores y consumidores.

Eso desinflaría parcialmente la sobrevaluación cambiaria y alentaría las inversiones.

Requerimos también dejar flotar libremente el tipo de cambio neutralizando el excesivo y peligroso ingreso de divisas golondrinas y la monetización de los ingresos petroleros.

Además, aplicar una política monetaria que mantenga el costo del dinero a niveles competitivos con el exterior y obligar a la banca comercial a canalizar crédito, si es necesario, mediante la competencia directa de la banca de fomento y la creación de una institución de garantías a las Pymes.

Esas acciones lograrían la paridad adecuada para que la balanza comercial se convierta en superavitaria y genere los empleos que las exportaciones sin contenido nacional solamente han creado en la ficción oficial.

Mantener un peso "fuerte", sin competitividad real, producirá lo que ha producido: déficits comerciales cubiertos con ingresos petroleros y capitales golondrinos, estancamiento económico y bonanza aparente al subsidiar importaciones.

Sin estas acciones, ante una crisis petrolera continuada o una mayor turbulencia financiera mundial, la paridad nos estallará en la cara, otra vez, con costos formidables para el País.

Este programa es inevitable. Vendrá con caos o con orden.

Con caos, si el dogma sigue imperando.

Con orden, si la Virgen ilumina a nuestros próceres. Recemos.

Callejón con salida

(El Norte, mayo 2, 2014)

Fernando Turner

Después de 30 años de régimen neoliberal y de su evidente fracaso en lograr desarrollo y bienestar, estamos atrapados, aparentemente sin salidas.

Cada mes, trimestre y año, hemos registrado puntualmente el fracaso y las promesas de los expertos y responsables, de un renacer siempre postergado.

Durante estas tres décadas, el País ha crecido menos del 2 por ciento anual y menos del 1 por ciento per cápita. En los últimos 20 años el PIB por persona ha crecido sólo un 18.6 por ciento, la mitad de lo alcanzado por el resto de América Latina.

En contraste, en los 20 años anteriores a la dictadura de la tecnocracia, sin doctores en Economía, con administradores prudentes, el ingreso por persona creció 99 por ciento a pesar de mayor crecimiento poblacional.

Estos números encierran realidades humanas y sociales tremendas. En el primer periodo, oportunidades para millones, educación, seguridad social financiable, infraestructura, seguridad, optimismo.

En el segundo, crisis, desempleo, pobreza, deterioro de la base productiva, extranjerización de empresas, ingresos públicos deficientes, baja calidad de servicios de salud, educación y seguridad. Desánimo.

Además, de impedirse a millones de personas el derecho al trabajo y a realizarse, en estas infaustas tres décadas ha aumentado enormemente la disparidad de ingresos entre la gran masa de población y los grupos privilegiados: políticos, burócratas superiores, sindicalistas oficiales, monopolistas, economistas cupulares y otros, que se han incrustado en los sectores monopólicos, Gobierno y empresas de consentidos.

Mientras el salario promedio real ha bajado en su poder de compra, los megarricos han multiplicado su riqueza con rentas monopólicas y negocios con el Gobierno.

De ser México parte del trío de países que protagonizaban milagros económicos, en los 60 junto con Brasil y Japón, nos hemos estancado y empobrecido. Al mismo tiempo nos convertimos en el "consentido" de los ortodoxos dominantes de los organismos internacionales y de la prensa dizque especializada en economía.

A pesar de la evidencia brutal, siguen premiando a los autores del fracaso y apuntalando sus políticas. Cada mes de números malos, ante el azoro de los mexicanos y la caída en su popularidad, cae un nuevo galardón para el Secretario de Hacienda, el Presidente o el director de Pemex.

Con estas políticas, no tenemos salida. Las "reformas estructurales" se estorban entre sí, mantienen la esperanza de los tecnócratas y logran el apoyo de cúpulas empresariales, analistas y merolicos que aprenden economía de la propaganda oficial.

Pero las reformas no lograrán acelerar el desarrollo porque no atacan la causa raíz del problema por falta de experiencia práctica y soberbia de los proponentes; porque la solución no está en la ecuación ortodoxa dogmática y porque la solución implica abandonar partes importantes del dogma y afectar a protegidos y políticos.

¿Cuál es la salida? Eliminar las prácticas monopólicas de Gobierno y empresarios y desinflar los precios de gasolina y diesel, gas, energía eléctrica, telecomunicaciones, autopistas, aeropuertos, ferrocarriles, bancos y servicios financieros, materiales de construcción, petroquímicos, impuestos no competitivos y reducir el gasto improductivo del Gobierno.

Además, dejar de subsidiar el tipo de cambio al gastar todo el ingreso de exportación petrolera e inundar de dólares la economía nacional.

Finalmente, se requiere eliminar la absurda práctica de acumular "reservas", endeudándose con capitales golondrinos a los que se les atrae pagándoles elevados intereses. Los golondrinos se irán ante cualquier eventualidad y el Banco Central no aguantaría una salida ni del 10 por ciento de las reservas sin devaluar, para variar, en un ambiente de crisis.

Mientras sólo sea negocio tener un monopolio o importar, no habrá inversión ni empleo suficiente.

¿Se les hace drástica la receta? ¿Qué les parecen otros 30 años como los últimos?

El Dogma y el Plan B

(El Norte, marzo 28, 2014)

Fernando Turner

La economía está estancada a pesar de que, según el Dogma, con las "reformas estructurales" llegaríamos al "México's Moment" y todo sería miel sobre hojuelas.

Como sólo hay un Dogma, nuestros próceres económicos, los responsables de esta debacle no tienen explicación de por qué la economía no hace caso y la anunciada oleada de inversiones no se produce.

Como no hay explicación, tampoco hay acciones que busquen la reactivación y permitan empezar creíblemente el alud de aplausos a nuestros gobernantes. Por lo pronto, esos aplausos se tienen que comprar.

Como ya no hay más reformas, de nuevo se empieza a decir que faltan las leyes secundarias, que el diablo está en los detalles, que la reforma fiscal fue superficial, que la energética llevará tiempo, etc., etc.

Nada diferente de los últimos 30 años, durante los cuales México es el país con más reformas y el mejor portado en la agenda neoliberal, aunque es el de menor crecimiento y mayor pobreza entre los países emergentes comparables.

Pero el Dogma debe ser cierto, pues es lo que les infundieron a nuestros ínclitos economistas, encumbrados desde hace 30 años en el poder priista, panista, empresarial y académico.

Si es cierto, entonces la economía miente y es mejor ignorarla o culpar a los gringos, los chinos, el gasto público o la Fed. Pero ni dudar del Dogma y ni pensar en ejercitar la inteligencia para diseñar políticas que corrijan las causas verdaderas del crónico estancamiento.

Por eso no hay Plan B. Por eso el desconcierto de todos los iniciados en el Dogma fallido. Nadie quiere saber de soluciones efectivas y de un buen plan, si éste contraría la doctrina largamente aplicada y defendida.

Pero sí hay soluciones efectivas a este estancamiento. Lo hemos propuesto desde hace cuando menos una década; y en todo este tiempo, la nomenclatura económica ha volteado la cabeza y ha despreciado siquiera discutir una visión alternativa.

Aquí les va el Plan B.

La economía no crece porque no hay inversión privada suficiente. Y no hay inversión privada suficiente porque existe un grave y creciente diferencial de precios internos que impide encontrar inversiones rentables suficientes en el sector productivo abierto a la competencia.

El Gobierno y los monopolios privados han subido y siguen subiendo sus precios en forma exagerada y estos aumentos, que en realidad son depreciaciones del poder adquisitivo de la moneda, no se reflejan en el tipo de cambio debido a las políticas monetarias y cambiarias, que se soportan en el ingreso excesivo de divisas del petróleo, remesas, inversión extranjera y, sobre todo, en "dinero caliente" atraído por altas tasas de interés.

Mantener la paridad permite promediar la inflación porque los precios de los productores en competencia, ligados al dólar, están estancados. No sólo de los exportadores, sino de todos los productores. No sólo de los dueños, también los salarios.

Esto es una pinza perversa que desanima la inversión, pues no hay proyectos que aguanten costos crecientes con precios estancados. Eso lo entienden bien nuestros economistas próceres, por eso ninguno invierte un clavo en algo productivo y se emplean en los sectores protegidos.

¿Quieren reactivar la economía? Déjense de dogmas. A pensar con lógica. Ataquen la causa raíz: hay que eliminar la disparidad de precios internos.

¿Cómo? Ajusten los precios del gas y la electricidad al promedio de Estados Unidos, por decreto los suben, por decreto se bajan; bajen impuestos y tarifas; aprovechen la nueva Ley de Competencia y ajusten los precios de los monopolios privados a los internacionales y la paridad de acuerdo con el poder real de compra del Peso.

¿Que esto es inflacionario? No. Es reconocer la realidad. Es nivelar el campo para todos y dejar de castigar la inversión en competencia. Es dejar de privilegiar a importadores, burócratas, políticos y cuates. Es eliminar incentivos perversos. Es modernizar la economía.

¿Seguimos con el dogma? Pues entonces a diseñar excusas para el fracaso del sexenio.

Candidaturas independientes y más

(El Norte, febrero 9, 2014)

Fernando Turner:

Es evidente el desprestigio de los políticos en México y en Nuevo León, deshonor ganado a pulso por su notorio y generalizado mal actuar.

Este nefasto patrón se ha agudizado en los últimos años, al igual que la desesperación e impotencia de los ciudadanos.

Con un descaro en progresión, los políticos ni se inmutan ante la exhibición diaria de sus robos, corruptelas, transas y despilfarros. Su actuar y el de sus correligionarios les impide concebir acciones que eviten esa "pena pública" que desanima a la sociedad y corroe la moral pública.

Como si se imaginaran en un ejercicio eterno de inmunidad, privilegios y componendas, se oponen activamente a medidas que pudieran orientar a la sociedad a mejorar. Actúan en su propio beneficio y planeando asegurarse la protección interesada de los alfiles que los sucederán.

Debido a la responsabilidad primaria que ellos tienen en ejemplificar las virtudes ciudadanas, a su actuación bizarra se debe la falta de Estado de derecho que ellos mismos claman cuando les es conveniente y lucidor. Un Estado de derecho inexistente que se afanan en mantener, evitando afectar el statu quo que les permite enriquecerse y perpetuarse en vivir del erario y en el disfrute del dinero de los demás.

Una medida que pudiera permitir avanzar en desmantelar este estado de cosas es permitir competir para puestos de elección popular a candidatos libres de las actuales mafias partidistas, posibilidad que ya se ha abierto a nivel federal por los cambios aprobados en la Constitución, que otorgan al ciudadano este derecho.

Siendo fieles a su pésimo actuar, los líderes de los partidos mayoritarios en la Legislatura de Nuevo León han manifestado su falta de disposición para adecuar las leyes electorales locales a lo que dispone la reciente modificación constitucional federal y que, además, es un claro y fuerte reclamo de respetables organizaciones ciudadanas que luchan por lograr este derecho en nuestro Estado.

Sin considerar contradictorio que aprobaron reformas importantísimas a la Constitución federal de la noche a la mañana por instrucciones de sus liderazgos partidistas y del

Ejecutivo federal, ahora dicen, con cinismo, que no pueden realizar "milagros" en una ley más sencilla y de alcances familiares a su función política.

Le dicen a una ciudadanía que consideran idiota que su capacidad es mayor en la evaluación de la reforma energética que realizaron en "fast track", que en la de los procedimientos electorales.

Para los Diputados locales, en su pequeñez, es preferente evitar un daño a las posibilidades electorales de sus desprestigiados partidos, que construir el futuro con grandeza de miras y generosidad de propósitos.

Se pueden poner de acuerdo en una noche sobre lo que les ordenan sus jefes partidistas y líderes políticos, porque son los que reparten prebendas y privilegios, pero no pueden legislar en varios meses una ley, de la cual hay ejemplos en otros Estados, porque se los ordenan los simples ciudadanos a los que están acostumbrados no sólo a ignorar, sino a despreciar.

Queremos una Legislatura que esté al nivel de Nuevo León y que los Diputados legislen no solamente por permitir las candidaturas independientes, sino también para remover otros obstáculos importantes en el ejercicio democrático: el robo descarado de recursos públicos para financiar campañas y comprar votos, y el evidente gasto excesivo en las elecciones que hace imposible competir equitativamente, delito que todos los candidatos y partidos cometen ante la cómplice ineficacia formalista de los órganos encargados de vigilar; el uso desvergonzado de medios públicos para promoverse y muchas más exhibiciones del poco valor ético y moral en el que operan impunemente funcionarios, legisladores, jueces, tribunales y partidos.

Queremos verdadera democracia ya. Queremos honradez ya. Queremos verdadera transparencia ya. Queremos resultados ya. Ya no se deshonren más.

¡Son los empleos!

(El Norte, septiembre 16, 2011)

Fernando Turner

Las lecturas obvias y sensatas de los problemas y sus soluciones no son comunes en nuestra clase dirigente. Éste es el caso del análisis de las causas y remedios del elevado nivel de pobreza que flagela al País.

Como no saben cómo crear empleos, los gobernantes se aferran a la idea de que el problema se soluciona con dádivas del Estado y si este problema subsiste, entonces hay que aumentar el gasto destinado a subsidios y, consecuentemente, es necesario subir impuestos para los que no están todavía en la pobreza.

Y como cada vez hay más pobres y menos no-pobres, y hay que aumentar el donativo a los primeros, se aumentarán impuestos hasta que se acaben los no-pobres y no haya nadie a quien gravar.

No les interesa que el resultado de esa política sea negativo, como se demuestra en el actual sexenio, durante el cual el apoyo a los pobres ha aumentado 25 por ciento anualmente de 2007 a 2010 –llegando a cerca de 300 mil millones de pesos– mientras que la pobreza aumentó a 46.2 por ciento de la población, afectando ahora a 52 millones.

En las zonas de atención prioritaria, donde se concentra más el gasto, la pobreza subió a 77.8 por ciento. Ahora esta penosa situación también se extiende en las zonas urbanas, donde aumenta 2.2 millones el número de pobres.

Para la oposición política del Gobierno, esta situación se origina porque el gasto no es adecuadamente canalizado por el Ejecutivo federal. Quieren ellos el botín.

No ven lo obvio: no hay dinero que alcance para apoyar al creciente número de desempleados y gente sin oportunidades de trabajo o empresa, por la escasa generación de puestos que se experimenta desde hace ya 30 años. A partir de 1985, la Población Económicamente Activa aumentó 25 millones de personas, mientras que el número de trabajadores afiliados al IMSS solamente creció 6 millones. La diferencia, menos los que emigraron, engrosó las filas de desempleados, subempleados, informales o burócratas que llegó a 34 millones.

Esta falta de trabajo es la causa principal de la pobreza y desigualdad que afecta al País. Y esta situación es el principal detonante del clima de inseguridad que azota a la Nación.

La falta de empleos se debe a un escaso crecimiento económico que proviene de la aplicación equivocada de políticas económicas que no han logrado reanimar la inversión privada y, consecuentemente, los empleos productivos. No se debe a falta de "reformas estructurales", se debe a manejo incompetente y dogmático.

A pesar de este grave fracaso, los tecnócratas, las élites empresariales y muchos comentaristas se aferran a un modelo equivocado, a no cambiar y se empeñan en buscar soluciones en "reformas" que, como la laboral, solamente tendrían un efecto marginal e insignificante ante la falta de demanda de trabajadores. Esta reforma, que no atiende al verdadero problema de rigidez del mercado porque rehúye reformar la situación de los sindicatos gubernamentales, donde sí hay grandes abusos, solamente lograría intranquilizar a los pocos obreros productivos y pauperizar más sus ingresos y prestaciones. Abaratando la mano de obra no se incrementan puestos de trabajo.

En esta iniciativa, se observa claramente que el dogma impera en la definición de políticas públicas y que el Gobierno es capaz de invertir gran capital político con tal de llevarlas adelante, porque están en el libreto, a pesar de ser perniciosas.

¡Quisiéramos ver ese esfuerzo en las verdaderas acciones que aceleren la economía y los empleos! Por ejemplo, aumentar la eficiencia en Pemex y CFE para que ofrezcan energía barata y servicio de calidad; en combatir efectivamente, y con toda la fuerza del Estado a los oligopolios bancarios, de telecomunicaciones, televisivos y muchos otros que gravan a consumidores y productores; en practicar verdadera austeridad en el sector público y bajar impuestos a obreros, empleados y Pymes, para que aumente su ingreso disponible y la demanda interna. En acelerar la inversión pública, que anuncian con bombo y platillos y languidece en su ejecución; en dismantelar el sistema clientelar de la política social, aprendido del PRI; en duplicar y triplicar el financiamiento a las Pymes, bajar más las tasas de interés y liberarlas del yugo bancario; en reducir burocracia y gastos superfluos, como la patética e invasiva publicidad oficial.

¿Por qué no lo hacen? ¿Por qué prefieren perseguir quimeras? ¿Será porque las decisiones las toman en una camarilla de iniciados en la teología neoliberal donde brillan por su ausencia el sentido común, la experiencia empresarial y la capacidad administrativa?

¡Lástima de otros seis años perdidos! De más excusas achacando la falta de avances al Congreso, a las crisis, a los estadounidenses y, peor, a los mexicanos. Ya queremos un Gobierno que sepa, quiera y pueda.

Basta ya

(El Norte, septiembre 3, 2011)

Fernando Turner

Mientras se suceden diariamente desastres, corruptelas, manifestaciones consuetudinarias de incapacidad, cinismo y corrupción de la clase política, el Coneval anuncia que en 2011 aumenta la pobreza y disminuye el ingreso de las personas.

Como si no fuera evidente la relación de causa–efecto entre la miseria, la desigualdad y el creciente desorden social, se atiende a la problemática de sus causas con creciente autismo por parte de las clases dirigentes.

"Nadando de muertito", como esperando un huracán sin tomar acción preventiva alguna, nuestras autoridades financieras repasan el aumento en las reservas, la reducción de la inflación y el bajo endeudamiento del País, ante la complacencia de las cúpulas empresariales, académicas, intelectuales y profesionales.

Por conservadurismo y miedo a atreverse, se da apoyo político a un manejo económico destructor y en evidente desprestigio mundial. Mientras el Presidente intenta premiar al Secretario de Hacienda con la Presidencia de la República y repasa sus "logros" como "Presidente del Empleo", este último se dedica a tratar de arrancar una campaña a la que se le ha empujado y por la que no muestra convicción alguna.

Mereciendo la remoción y el descrédito, junto con su contraparte, el Dr. Carstens del Banco Central, se les alienta a continuar por un camino evidentemente equivocado y a seguir acelerando el desempleo y la producción de pobres.

Lo insólito es el apoyo que este nefasto manejo recibe de quienes deberían saber más y sentirse más obligados con el País y con sus conciudadanos.

Se unen en el recuento avaro de reservas, estabilidad y tipo de cambio, sin sentir el enorme y destructivo déficit acumulado de 54 millones de compatriotas sumidos en la angustia de la miseria.

Insensible, la élite que mal dirige al País se convierte en cómplice de un estado de cosas inmoral y vergonzante. En copartícipes en el estado de disolución que experimenta nuestra sociedad por falta de oportunidades y esperanza.

¿Qué esperamos? ¿Más violencia? ¿Más desorden? ¿Que la Virgen nos ilumine? ¿O que el País se termine de desbarrancar?

Tenemos opciones si nos desatamos de los dogmas económicos autoimpuestos. El País tiene baja deuda, hay equilibrio fiscal, todavía hay paz social y tenemos una gran reserva de mano de obra y capacidad instalada. Hay que ponerla a trabajar y privilegiar el empleo y los salarios sobre todas las demás variables, sin que esto implique desequilibrio financiero.

Ante la caída previsible de las exportaciones, debemos no sobrevalorar su efecto, ya que con ellas se caerán también las importaciones y su efecto en empleo, si no hay pánico, será mínimo. Lo importante, como todos dicen, es estimular el mercado interno, el cual es el 70 por ciento de la actividad total, pero para hacerlo, la única manera es aumentar el empleo y con él los salarios, para que, adicionalmente, se pueda sostener o ampliar el crédito al consumo e inversión.

Aumentar el empleo implica acelerar la inversión pública, muy retrasada este año; reducir impuestos u otorgar estímulos fiscales verdaderos, permanentes y oportunos para aumentar la capacidad de compra e inversión privados; bajar el gasto improductivo del Gobierno; no aumentar, sino reducir la apertura económica, sobre todo con China, que juega chueco con su tipo de cambio, pero sí aumentar la liberación del mercado interno controlando monopolios; ajustar nuestra paridad hacia su equilibrio real; bajar intereses y estimular a la banca a prestar a las Pymes.

¿Les suena agresivo?

¿No les parece agresivo 54 millones de pobres y que esta cifra haya aumentado 4 por ciento en 2011 mientras que el ingreso real de las personas bajó 6.2 por ciento?

¿Cree que debemos reducir nuestra modesta deuda del sector público del 33 por ciento del PIB aún más? ¿Que el Gobierno gaste más y cobre más impuestos?

Si usted así lo piensa, entonces asuma su responsabilidad moral ante el estado de cosas que nos aflige.

Nuevo triunfo del fracaso

(El Norte, julio 23, 2011)

Fernando Turner

Los ingresos de las familias mexicanas bajaron 12.3 por ciento entre 2008 y 2010, según las cifras de la Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares 2010 (ENIGH 2010). Este resultado confirma una tendencia hacia el empobrecimiento de la gente mantenida en el presente sexenio.

Lo fácil y usual es achacar a la crisis internacional, a la influenza, los huracanes, etc., este gravísimo resultado generalizado en todas las capas de la población, aunque proporcionalmente afectando ahora a las clases de ingresos mayores.

La explicación anterior no sería más que una nueva justificación ante la incompetencia del Estado para desarrollar una política económica que utilice la fortaleza financiera nacional para generar inversión productiva, empleos e ingresos salariales crecientes.

Sería una coartada para los responsables de diseñar las acciones de respuesta a la crisis financiera, quienes fallaron en implementar una respuesta congruente con la necesidad y posibilidad de amortiguar sus efectos para evitar daños mayores al empleo y al ingreso de los ciudadanos.

La realidad es que el empobrecimiento evidenciado en la encuesta, seguramente confirmado en unos días más cuando salgan las cifras del aumento de aproximadamente 5 millones en el número de pobres sobre los 47 millones registrados en la última medición, es un resultado consecuente con la política económica aplicada tozudamente desde hace muchos años, no obstante su evidente fracaso en cuanto a generar inversión, empleos y salarios suficientes.

La verdad es que este drama es el resultado de incompetencia, dogmatismo, ignorancia y conveniencia de nuestros dirigentes políticos que no solamente solapan a los tecnócratas responsables, sino que los estimulan y premian con nuevos puestos y oportunidades claramente inmerecidas.

Por este irreflexivo apoyo, por dedicarse a la grilla, a lo inmediato, a lo intrascendente y delegar lo importante a una camarilla cerrada a ideas diferentes, se inmolan en el fracaso de su oportunidad irreplicable de contribuir al bien de la Nación.

Es sorprendente que el Presidente de la República no sólo mantenga a los responsables de esta debacle, sino que además los premie con su apoyo a puestos para los cuales no

tienen las mínimas credenciales ni merecimientos, sin detectar que son los que sostienen la operación de un modelo económico reprobable por su ineficacia, sus nefastos efectos en el bienestar de la población y su inmoralidad por la notoria injusticia social que producen.

Lejos de apoyar al actual Secretario de Hacienda y buscar hacerlo candidato a la Presidencia, el Presidente y su partido tienen la obligación de analizar la realidad como es y no como quieren creer que es; aprender de los datos que reflejan rotundamente un fracaso económico en el sexenio y separarlo de su cargo.

Lejos de promover la candidatura del Gobernador del Banco de México y anterior Secretario a dirigir el FMI, meta obviamente destinada, como lo fue, a fracasar, debería exhibirlo como el corresponsable de que nuestro país fuera el peor en comportamiento económico al enfrentar la crisis y, consecuentemente, en el aterrador número de nuevos pobres.

Es alarmante ver que no obstante los resultados que evidencian su fracaso, a estos personajes todavía se les rindan honores, halagos, reconocimientos y oportunidades.

Parece como si los locos fueran los que manejan el asilo.

Nunca es tarde para reconocer y cambiar. No debemos tener ya tolerancia, pues ya no hay tiempo ni margen de maniobra. El drama humano es inmenso. La descomposición social que produce la pobreza, la falta de oportunidades y la desigualdad está al límite y nos está llevando al abismo.

Dejemos de ser cómplices de este fracaso y apoyemos los cambios de fondo que la situación reclama.

Guerra de divisas

(El Norte, noviembre 13, 2010)

Fernando Turner

En todo el mundo se habla de una inminente guerra de divisas o tipos de cambio, ocasionada por la estrategia estadounidense de reactivar su economía, inyectándole dinero y causando una devaluación del dólar, y por China, que utiliza un control cambiario para mantener su moneda subvaluada y apoyar su crecimiento abaratando sus exportaciones.

En publicaciones financieras internacionales, gobiernos y foros se debaten los efectos de esta guerra en el crecimiento económico y el empleo de los países, especialmente los menos desarrollados, y muchas naciones han tomado medidas para evitar que sus monedas se aprecien como resultado de entrada de capitales "golondrinos" y afecten así a sus productores nacionales.

Esos capitales entran en busca de tasas de interés mayores a las de sus países de origen, y salen sin aviso previo dejando devaluaciones, medidas de choque y crisis. Lo hemos vivido en México en 1982, 1985, 1995 y 2009 con graves devaluaciones.

Algunas naciones han bajado tasas de interés. Brasil ha aumentado varias veces un impuesto especial a la entrada de capitales "calientes". Sudáfrica ha liberalizado la salida de capitales. Chile tiene desde hace tiempo también un impuesto al dinero especulativo.

Pero para nuestros ínclitos tecnócratas, esa guerra no existe.

Presumen que entra ese peligroso e inútil dinero, que viene para aprovechar las altas tasas de interés que aquí padecemos dizque para controlar la inflación, y manejan este evento como si fuera una "muestra de confianza en nuestro sólido sistema bancario". No han aprendido del pasado ni aprenden del resto del mundo. Todos los demás están mal y ellos bien. Nadie alerta del problema. Muchos aplauden.

Ese dinero inútil, que sólo en bonos de renta fija a corto plazo llega a 36 mil millones de dólares, es una plaga para México. Revalúa la moneda artificialmente y aumenta el riesgo de una devaluación abrupta y descontrolada. Afecta nuestra competitividad y destruye empleos. Aumenta el costo de mantener reservas ampliadas, pues a esta deuda se le paga 4-5 por ciento anual y el capital se deposita en bancos extranjeros ganando casi cero, con lo que tiramos a la basura mil 800 millones de pesos sólo por mantener el dogma de

libre entrada de capitales, que muchos otros países, entre otros los mencionados arriba, ya han condicionado para evitar este riesgo.

Una de las principales causas de nuestro bajo crecimiento económico en los últimos 30 años ha sido la insistencia de mantener una moneda sobrevaluada para tratar de atemperar la inflación, y así evitar el costo político de tener que controlar a los innumerables monopolios y oligopolios.

Aun con tasas de interés muy superiores a las internacionales y con una moneda sobrevaluada, sin eliminar el abuso de estos nocivos entes que aumentan sus precios a placer, la inflación será persistente, como lo será el estancamiento, el desempleo y la pobreza. Esta sobrevaluación tiende a agravarse ahora ante la entrada masiva de capitales volátiles que otros países, no el nuestro, combaten.

Una moneda sobrevaluada, como bien lo sabe China, afecta al sector productivo y favorece a las importaciones, frenando el crecimiento de la economía y del empleo. La terca política arriba explicada le cuesta al País cerca de 3 millones de empleos bien pagados, que se han cancelado en el sector dinámico de la producción, debido al dogmatismo y a la ineptitud de nuestros burócratas de la economía.

Ahora, festejando la "victoria" de haber recuperado, después de dos años, el mismo nivel de empleo de 2008, menos abren sus mentes y oídos para cambiar este y otros inconvenientes dogmas que nos mantienen derrotados.

¿Cuándo lograremos retirar a estos cerebros?

Siervos y amos

(El Norte, junio 6, 2010)

Fernando Turner

Los burócratas y políticos mexicanos consideran que el Estado es el dueño del País y ellos los dueños del Estado. A la ciudadanía la ven como una masa estúpida, manipulable con propaganda. Distinguen entre ella sólo a los oligopolistas favoritos y a los líderes sindicales de las agrupaciones de empleados públicos.

Con ese criterio consideran justificable gravar a esa masa, evitando cuidadosamente afectar a los favoritos, hasta donde sea necesario para satisfacer su gula gastadora. Basados en arcaicas ideas, suponen que el Estado es la locomotora de la economía, y la masa sólo carga muerta. Que más gasto público es más desarrollo. Que aumentar impuestos es mejorar las condiciones de la población. Más Estado y menos sociedad es la fórmula.

Gastan 30 por ciento de todo lo que se produce en el País, cuando en 1999 gastaban 19 por ciento. Mayor rebanada de un pastel que hacen cada vez más chico.

Es raro que alguno de esos próceres manifieste aprecio genuino por obreros, estudiantes, profesionistas y empresarios pequeños. Que sienta una verdadera responsabilidad por procurar su bienestar. Lo importante es preservar los privilegios de la clase política y burocrática. Contrariamente al credo de sus discursos, partidos y educación económica manifiestan una profunda desconfianza en la capacidad de estos vasallos para contribuir al bien común.

Extraños a las evidentes manifestaciones de dispendio, malversación, corrupción, ineficiencia, inoportunidad, opacidad, exceso, discrecionalidad, voluntarismo y partidarismo en el gasto público que diariamente se presentan ante los azorados ojos de los ciudadanos, los tecnócratas y políticos ahora se preparan para una nueva "reforma fiscal" para aumentar los ingresos estatales y continuar gastando como borrachos lo que otros ganan con su trabajo. Sienten que se les debe a ellos todo fruto y pueden disponer de él a su antojo.

Aun ante la caída continua de la inversión privada, consumo, empleo y salarios reales – manifestaciones claras del fracaso de la política económica y fiscal– reclaman a la ciudadanía falta de solidaridad ante sus esfuerzos titánicos por sacar al País adelante y exigen otro aumento de impuestos. Algunos despistados, aun criticando el dispendio,

abonan esta idea confundiendo la necesidad de lograr equidad fiscal con aumentar gravámenes.

Ausente de la "reforma" está el perfeccionamiento de la política fiscal como instrumento de desarrollo económico: Primero, establecer un límite máximo al gasto y asegurar su pertinencia. No se puede gastar sin límite sin detener el desarrollo. Segundo, fomentar una asignación eficaz de recursos dentro de la economía; y, tercero, propiciar una verdadera redistribución del ingreso.

En aras de recaudar se olvida la necesidad urgente de acelerar el crecimiento económico, los empleos y el aumento de los salarios reales como única forma de reducir la pobreza, aumentar la esperanza y contener la inseguridad. Se distorsiona el sistema de precios internos, subiendo discrecionalmente tarifas, precios y servicios, dificultando la inversión y penalizando trabajar, ahorrar e invertir. Se omiten medidas verdaderamente redistributivas por perpetuar privilegios. Se acentúan las dádivas y transferencias, no obstante la evidencia respecto a su inutilidad para rescatar de la pobreza a los millones que han convertido en dependientes.

Corifeos e ilusos ayudan al esquilmo. Unos prestando foros a nuestros ínclitos amos para engañar con cifras y regañar a súbditos. Para condicionar el crecimiento económico a mayores cargas impositivas. Sólo a un surrealista se le ocurre que aumentará la inversión, que ha venido cayendo en los últimos tres años, reduciendo su rendimiento con impuestos adicionales.

Otros, cabildeando ingenuamente la forma más aceptable del despojo, sin oponerse al fondo: ¡No más impuestos!, pues disminuyen el rendimiento del trabajo y la inversión contrayendo más el consumo y el empleo. ¡No más gasto!, mientras no se eliminen excesos, dispendios, corruptelas y privilegios.

Manifestémonos como ciudadanos libres para evitar un nuevo despojo. Solamente así crecerá nuestro país y venceremos la pobreza.

Puros cuentos chinos

(El Norte, septiembre 1, 2009)

Fernando Turner

Son cuentos que China anda bien.

Su crecimiento acelerado: 7 por ciento este año, 10 por ciento anual en los últimos 25. Que anualmente sacan de pobres a 100 millones de personas. Que este año el ingreso disponible por persona aumentó cerca de 10 por ciento, con todo y crisis. Que sobrepasó a Estados Unidos en producción de autos.

Son cuentos chinos que Shanghai se esté convirtiendo en un centro financiero y de transporte mundial. Son cuentos chinos porque ellos no tienen Banco Central autónomo, como nosotros. Porque su Banco Central tiene como función la de procurar el crecimiento y no, como el nuestro, controlar la inflación. Porque la política monetaria china es laxa para bajar el costo del dinero y lograr que la banca comercial, que es nacional –y, para rematar, del Gobierno– preste en medio año 1.04 billones de dólares, equivalente al PIB de nuestro país.

Porque su gobierno bajó impuestos y operó un programa de estímulos económicos de 600 mil millones de dólares, no como el nuestro, cuya preocupación es "la salud de las finanzas públicas" para seguir gastando improductivamente y sólo anuncia programas fallidos con montos insuficientes y exagerado burocratismo.

Porque hay inflación controlada, a pesar del crecimiento económico acelerado, debido a que la inversión total es del 45 por ciento del PIB y, consecuentemente, su productividad crece rápidamente evitando aumentos de precios. Porque el gobierno mantiene bajos los costos de energía a pesar de importarla.

Son cuentos chinos, porque mantienen su moneda subvaluada en 25 por ciento para reducir el consumo, aumentar la inversión, ser competitivos y lograr un superávit comercial que impulse el empleo. No como nosotros, campeones del libre comercio exterior, protegiendo monopolios y oligopolios internos, y utilizando las reservas para sobrevaluar la moneda y bajar, sin afectar a los "consentidos" y al Gobierno, la inflación, y así ayudar a que los chinos tengan el empleo que necesitamos los mexicanos.

Puros cuentos, porque tienen control cambiario y de capitales, mientras nosotros somos libres para gastar las divisas petroleras en bienes importados subsidiados, padeciendo los capitales golondrinos prohibidos en China.

Son cuentos chinos, porque mantendrán la política monetaria expansiva para no arriesgar el crecimiento y no limitarán los préstamos bancarios, cuando deberían concentrarse, como nuestros tecnócratas, en el equilibrio fiscal, la inflación, los créditos bancarios incobrables y las burbujas de precios de activos.

Cuentos. Se preocupan por crecimiento y empleo. Por el ingreso de la gente y la competitividad de sus empresas. Porque la banca preste suficiente a costos razonables.

Están mal. Les urgen las "Reformas Estructurales". Restringir el circulante. Aumentar impuestos.

Necesitan a nuestros economistas.

¿O serán cuentos chinos los de nuestros tecnócratas y sus corifeos?

Los responsables y la solución

(El Norte, agosto 18, 2009)

Fernando Turner

Los responsables del estancamiento económico de los últimos 25 años son los tecnócratas, junto a los políticos que los han convertido en zares de la dirección económica.

Los tecnócratas no saben cómo acelerar la economía y menos cómo mantenerla con alto dinamismo. No saben ni siquiera cómo estabilizarla permanentemente. Las crisis los sorprende sin saber qué hacer. Sin estrategias. Atrapados en el dogma.

Sus políticas macroeconómicas están equivocadas y son la causa de la crónica baja inversión, que causa el desempleo y la pobreza. De que nuestro gran país se haya convertido en una fábrica de pobres y emigrados. De que sólo se hable de derrotas, pérdida de competitividad, desempleo, inseguridad y pobreza. De que no se logre reencontrar el dinamismo que tuvo por 30 años cuando la economía se manejaba con prudencia y sentido común y se orientaba al crecimiento.

Los que claman irreflexivamente por "Las Reformas Estructurales Necesarias" –cliché desgastado y monótono– no están más que rezando un credo sin razonar lo que dicen. Su agenda no es la correcta, pues no se les ocurre cuestionar lo obvio: las políticas monetaria, cambiaria y fiscal, y la protección a los monopolios y oligopolios.

El País no ha crecido porque se ha liberalizado la economía al exterior manteniéndola cerrada en el interior tolerando los monopolios gubernamentales y los oligopolios privados. Porque protegidos cargan altos precios que impiden competir al sector productivo y causan inflación.

No ha crecido porque se pretende acabar con la inflación generada por el mismo Gobierno con los precios de sus monopolios e impuestos indirectos, restringiendo el circulante, aumentando tasas de interés y encareciendo el dinero, lo que termina de cerrar la pinza que inhibe la inversión privada. Aun en medio de la peor recesión de las últimas décadas, cuando se desploma la demanda, ¡dicen que el exceso de demanda es el causante de la inflación!, y se mantiene caro el dinero y barato el dólar.

No ha crecido ni crecerá el País porque el Gobierno gasta cada vez más y más mal lo que debe dejar en manos de los ciudadanos para que puedan consumir e invertir. Porque gasta lo del petróleo, lo de los precios altos de sus productos y servicios y lo de nuestros

impuestos, sin invertir en infraestructura eficiente y sin mejorar educación, seguridad social y seguridad pública. Porque se despacha con la cuchara grande y sube impuestos, sin considerar el consecuente efecto recesivo, cuando todos los países los bajan para estimular el empleo.

No crecerá el País mientras existan los "consentidos" que devengan rentas oligopólicas indebidas en áreas clave de la economía a costa de minar la productividad nacional, la inversión y el empleo. Estos personajes, y los que los protegen, son verdaderos delincuentes sociales que generan millones de pobres acrecentando una riqueza lograda con privilegios.

No crecerá México mientras los tecnócratas sigan con sus malas ideas y los políticos sigan entronizándolos. Mientras el Presidente no se ponga las pilas y se dedique a crear –y vigilar que operen– políticas públicas que efectivamente motiven a invertir y a emplear.

¿Queremos crecer y dejar de ser perdedores? Debemos entonces hacer las reformas verdaderas. No más operación monopólica de las empresas del gobierno. Gobierno y gasto público limitado y eficiente. Energía barata. Educación de calidad. Infraestructura competitiva.

Seguridad. Intolerancia ante los oligopolios. Respeto y protección al consumidor y al productor. Dinero a costo razonable. Banca que preste y arriesgue. Tipo de cambio competitivo.

Reubicar a los tecnócratas a su nivel de competencia. Como asesores o analistas. No como zares económicos omnipotentes.

¿No se puede? Vayan a China a ver cómo.

El plan necesario

(El Norte, julio 3, 2009)

Fernando Turner

La estrepitosa caída económica -8 por ciento del PIB; un millón de empleos perdidos; tercer peor desempeño mundial- es evidencia inobjetable de la ineficacia del modelo tecnocrático y de la insuficiencia de las acciones para paliar "la crisis dentro de la crisis".

En artículos anteriores hemos criticado este modelo y algunos lectores han pedido propuestas que ahora presentamos. Este conjunto de políticas económicas, al alcance del Ejecutivo y sin necesidad de cambios legislativos mayores, permitiría acelerar de inmediato y permanentemente inversión, producción y empleo:

1. Hacer converger precios de monopolios públicos y oligopolios privados con los prevalecientes en las naciones exitosas que están creciendo y empleando. Dejar la pantomima y actuar con toda la fuerza económica y política del Estado, incluyendo prohibición al sector público de comprar arriba de estos precios y exhibir como delincuentes a los que detentan impunemente poder excesivo de mercado. Prohibir el uso de los monopolios públicos como recaudadores fiscales.

2. Adelgazar el gasto público a 20 por ciento del PIB, contra 26 por ciento actual, etiquetando una quinta parte para inversión pública, rediseñando la organización del Estado y replanteando gasto y prioridades. No aumentar impuestos ni tarifas, pues abatirían cualquier recuperación, sino al contrario, hacerlos fáciles de cumplir y competitivos internacionalmente. Eliminar subsidios a oligopolistas y consentidos.

Aguantar un déficit fiscal moderado (3 a 5 por ciento del PIB) mientras se logra mayor recaudación con el crecimiento esperado.

3. Evitar usar la paridad para reducir la inflación y restringir las tasas de interés de CETES a máximo 2 por ciento arriba de las aplicables en Estados Unidos. Dejar de intervenir en el mercado cambiario, para que la paridad tome el nivel según el comercio de bienes no petroleros.

Con una paridad competitiva, se eliminarían los subsidios a importaciones y castigos a las exportaciones, para buscar un superávit comercial en productos no petroleros, contra el actual déficit de 5 por ciento del PIB, lo que aumentaría en aproximadamente 1.5 millones los puestos de trabajo.

4. Bajar los costos bancarios, creando competencia al oligopolio, mediante una Aseguradora Nacional de Crédito, con un capital de 500 millones de dólares para garantizar créditos de bancos a Pymes que aprueben estudios independientes de crédito, hasta por 10 veces ese valor.

Restablecer leyes contra la usura para eliminar el esquilmo generalizado a pequeños consumidores.

5. Triplicar los actuales 2 mil 500 millones anuales para apoyar investigación y desarrollo por el Conacyt; eliminar los 103 programas en la Secretaría de Economía que dizque apoyan a Pymes y otorgarles efectivamente 30 por ciento de los pedidos del Gobierno.

6. Responsabilizar a Hacienda por reembolso de gastos extraordinarios causados por terrorismo fiscal a pequeñas empresas. Eliminar exenciones y auditar permanentemente a oligopolios y otros consentidos.

7. Reducir los ingresos de legisladores y servidores públicos al nivel del 2000; eliminar su exención fiscal e indexarlos al ingreso promedio de los mexicanos.

Estableciendo estas políticas y asegurando su aplicación a largo plazo, se lograría muy pronto un jalón económico que nos sorprendería gratamente y nos mostraría el México ganador que ansiamos.

No aplicarlas implica seguir perdiendo el tiempo buscando, más que reformas, excusas para el fracaso.

El País está estancado por malas políticas, no porque los mexicanos seamos estructuralmente estúpidos. La soberbia, el dogmatismo y la irresponsabilidad de quienes dirigen la economía –ver las recientes declaraciones de Carstens– han llegado a límites insufribles y no debemos tolerar más este crimen social.

Todos tenemos la obligación de denunciarlo y luchar por un cambio.

Incapaces

(El Norte, junio 6, 2009)

Fernando Turner

La reciente aparición en Monterrey de los dos principales responsables de la política económica aumenta el desaliento respecto a las posibilidades de recuperar el crecimiento y abatir el desempleo.

El comportamiento económico de México durante el reinado de Ortiz, Carstens y el grupo al que pertenecen es francamente desastroso. Desde la llegada de los tecnócratas, el País dejó de crecer aceleradamente y entró en una etapa de estancamiento de la cual no se acierta a salir. Entramos en crisis nuevas que agravan la crisis fundamental sin que se diseñe una política económica adecuada a las circunstancias nacionales.

Se pretende cambiar al País para que funcione la ortodoxia, cuando lo apropiado es adaptar la ortodoxia a las circunstancias. Esto último demanda economistas aptos y responsables, capaces de formular estrategias y aplicar programas que ordenen incentivos y generen crecimiento. No parece que los tengamos.

Decepcionan las declaraciones de Ortiz y Carstens. Ninguno acepta responsabilidad, como si las políticas monetaria, cambiaria y fiscal no fueran fundamentales en la resultante económica. Como si sus inflados puestos fueran irrelevantes.

El primero, enfocado en ratings internacionales y no en empleos, demanda "reformas estructurales necesarias que todos conocemos" y saca una lista de supermercado que convertirían al País en uno ideal y perfecto.

Todo, menos cuestionar sus responsabilidades: política monetaria dirigida a controlar exceso de demanda obviamente inexistente en este periodo recesivo mundial. Mientras todos los países estimulan, aquí se reprime. Mientras afuera se apoya crecimiento, aquí se coarta. Política cambiaria cuyo objetivo es sobrevaluar la moneda para contener la inflación, deprimiendo la inversión y el consumo nacionales.

Así se justifica dilapidar 26 mil millones de dólares de octubre a la fecha para sostener la moneda, la cual finalmente se alineará según sus fundamentos reales. Política bancaria privilegiando el oligopolio, ahogando a las empresas pequeñas y medianas a las que se atiende con programas existentes sólo en las mentes burocráticas.

Carstens se ha convertido en un maestro de la pantomima. Afirma que México "no tiene problemas de balanza de pagos; ni de endeudamiento, ni fiscal, ni monetario, ni de

sistema financiero". Pero no señala la causa que nos condujera a lograr el peor desempeño de Latinoamérica y uno de los peores del mundo, a pesar de "estar blindados". Del "catarrito" a la "calamidad" –así le llama a un desplome económico del 5.8 por ciento– nadando de muertito, anunciando programas que nunca despegaron porque su propósito era exclusivamente mediático.

Mientras todos los países aplicaban estímulos masivos a la economía e incurrían en déficits indeseables, pero necesarios ante la amenaza recesiva, el nuestro combatía con anuncios engañosos y programas mañosamente valuados en 800 mil millones de pesos, para engañar al Presidente y al País, mientras se aumentaba la carga fiscal al sector productivo.

Ambos personajes –maestros en sacarle al bulto a sus responsabilidades y alejados del drama de la pobreza y desempleo– no ofrecen soluciones ni ideas, salvo la pésima convicción de aumentar impuestos para proteger un gasto público grotesco, desenfrenado e ineficaz. Sólo a ellos se les ocurre estimular crecimiento y empleo aumentando gravámenes, mientras en el resto del mundo se hace lo contrario.

Más de lo mismo. Podemos ya sacar el balance del sexenio del "Presidente del Empleo". Más gasto público improductivo, impuestos, desempleo, estancamiento y pobreza. Acercándonos más al abismo, mientras estos personajes siguen utilizando pasarelas a modo para continuar escondiendo su ineficacia e inflando su ego.

¿Cuándo será el día en qué se les llame a cuentas?

Desinflando al peso

(El Norte, marzo 9, 2009)

Fernando Turner

De nueva cuenta, aparecen la preocupación por la baja del peso y la abundancia de comentarios infundados.

El Peso se depreció fuertemente ante la crisis financiera, porque lo había inflado el Banco de México al dejarlo "flotar" cuando sobraban dólares por los elevados precios del petróleo; por la plataforma de exportación mantenida para aumentarle ingresos al Gobierno; y por altas tasas de interés, supuestamente para combatir la inflación, mismas que atrajeron nocivos capitales golondrinos.

Esa política, aunada a la protección a monopolios públicos y oligopolios privados y a la liberalización de los sectores productivos, es causa principal de la baja inversión nacional, del desempleo y de la falta de competitividad del País.

Al establecer de facto un control de precios sobre los bienes comerciables internacionalmente (todos los del sector productivo, salvo los de los consentidos) y obligar a competir internacionalmente con una moneda sobrevalorada (con lo cual se reciben menos pesos por los mismos dólares), mientras se usan los monopolios del Gobierno como recaudadores y se garantizan rentas indebidas a los oligopolios privados, se reduce la rentabilidad de las inversiones y éstas escasean.

Esto tan sencillo y obvio, va contra los dogmas del delirio neoliberal, que han sido popularizados entre la población y "líderes de opinión", con propaganda sostenida por el último cuarto de siglo. De ahí el mito de las causas aparentemente siniestras que expliquen el derrumbe.

Se ha caído tan fuerte la moneda porque se quitaron los globos que la sostenían.

Desde 1996, año en el que se logró un superávit comercial con poca exportación petrolera, y hasta el 2007, el peso sólo se depreció 47 por ciento contra el dólar, mientras el índice general de precios aumentó 189 por ciento.

Peor aún, la canasta de bienes con precios administrados y "controlados" creció 235 por ciento. De 12 por ciento de subvaluación en 1996, Banxico infló la moneda hasta sobrevalorarla en 45 por ciento en marzo del 2002. Luego bajó hasta agosto del 2008, cuando la sobrevaluación era de 28 por ciento.

La verdadera devaluación de la moneda es su disminución de poder de compra, y si no se ajustó contra el dólar fue por incompetencia para diseñar una política cambiaria que mantuviera una tasa de cambio competitiva que detonara el crecimiento.

Por dogmatismo, resolvieron dilapidar los dólares del petróleo en importaciones subsidiadas para bajar artificialmente la inflación, subsidiando el consumo, lastrando la competitividad del sector productivo.

Escogieron penalizar inversiones y generar desempleo por miedo a atacar los monopolios y oligopolios, verdaderos causantes de la inflación. Mientras tanto, China y el resto de Asia subvaluaron sus monedas, atacaron monopolios, crecieron y emplearon.

Los políticos delegaron el manejo económico en los tecnócratas y se hicieron de la vista gorda ante los oligopolios privados. Privilegiaron la recaudación mediante monopolios estatales, para tener amplios recursos fiscales para gastarlos irresponsable y egoístamente en ellos y sus clientelas.

La pobreza se reduce con empleos. Los empleos se crean con inversión privada. La inversión aparece cuando hay rentabilidad. No hay rentabilidad conjuntando sobrevaluación monetaria, liberalización comercial y monopolios.

Ahora hay una oportunidad. No infleamos de nuevo al peso y evitemos que los monopolios y oligopolios aumenten sus precios. Con eso, la relación de precios internos cambiará y el sector productivo renacerá. La falta de ingresos petroleros la supliremos invirtiendo y trabajando. Reduiremos la pobreza creando empleos.

Ah, pero eso implica menos dinero para el Gobierno, enfrentarse a los poderosos y consentidos, y que los políticos se ajusten el cinturón. He ahí, junto con la ignorancia y el dogma, los peligros.

CONTRAPUNTOS / Paro técnico

(El Norte, febrero 8, 2009)

Es una respuesta práctica para paliar la crisis actual y evitar recortes

Fernando Turner

Ante la grave caída de la demanda nacional e internacional y la poca efectividad de las medidas anunciadas por el gobierno, empresas y trabajadores acuerdan reducir las jornadas laborales para proteger el empleo.

Estos paros permiten a las empresas ajustar producción a la demanda, ahorrar escasos recursos financieros bajando inventarios, gastos operacionales y salarios, y proteger los empleos ya disminuidos por reajustes.

Las cifras de desempleo son dramáticas: durante 2008, el empleo decreció en 30 mil puestos, contra la meta de crear 1 millón 200 mil. Solamente en los últimos dos meses del año pasado, cerraron 5 mil 200 empresas y se perdieron 413 mil empleos, según registros del IMSS. Esto agrava el de por sí magro ingreso del trabajador, pues de 28.7 millones de trabajadores, 11 millones carecen de prestaciones básicas, entre ellas cobertura de seguridad social.

El paro técnico es pues, una respuesta práctica para paliar la crisis, que refleja el grado de madurez de obreros y sindicatos del sector privado, quienes, alejados del dogma legal, aceptan como un mal menor la reducción temporal de ingresos ante la posibilidad de perderlos definitivamente.

Esta madurez descarta la necesidad de una reforma laboral a menos de que sea aplicable al sector público, destaca sobre la ineficacia gubernamental para aplicar medidas paliativas, que solamente se quedan en el anuncio político. Las pocas que se detallan se llenan de trabas que demuestran un enorme egoísmo fiscal y la verdadera intención de evitar que se apliquen, mientras se informa al Presidente que se actúa.

Ejemplo: los 2 mil millones de pesos anunciados para apoyar el empleo de empresas en paros técnicos. Para accederlos se requieren autorizaciones previas de cinco dependencias; estar al corriente fiscalmente y establecer cuentas especiales para manejar el posible apoyo, además de otras restricciones.

Desde ahora proponemos este trámite como el más inútil, para el premio instituido por el Presidente, con medalla de oro para el Secretario de Economía y churumbela de platino

para el de Hacienda. Además, merece una presea la empresa que logre acceder a este dizque apoyo antes de que la crisis o el sexenio se acabe.

Para lo que puede servir la medida es para justificar que se aumente la burocracia para manejar la papelería esperada, aunque ninguna empresa se moleste siquiera en iniciar la tramitología.

Los paros no solucionan el problema. Son reflejo del mismo. Reducen el ya bajo ingreso del trabajador y, al aplicarse después de recortar la plantilla, agravan la reducción de la masa salarial y, consecuentemente, de la demanda agregada. En cierta medida, agudizan la crisis. Aumentan la desigualdad al aplicarse solamente al sector privado, mientras los del público, paraestatal y político, con ingresos y prestaciones injustificadamente superiores a las del sector productivo continúan con su pachanga gastadora e improductiva.

Ahí es donde se requiere una reforma laboral para eliminar prebendas y canonjías, además de ineficiencias y descuidos, y donde seguramente no vendrá.

El Gobierno juega con fuego, social y políticamente hablando, al no reducir sus gastos, muchos evidentemente superfluos y ofensivos ante la miseria, y mantener privilegios mientras los contribuyentes se ahogan.

La crisis agrava el evidente fracaso del remedo de economía liberal –que nuestros tecnócratas defienden como verdad infusa– en creación de empleos. En los últimos 25 años han faltado 23.5 millones de puestos en relación con la población que ha entrado en edad de trabajar.

Ésta es la causa principal de la pobreza y el atraso nacionales. Esta economía llena de monopolios y oligopolios encabezados y promovidos por los políticos y sus consentidos, con intervenciones constantes del Gobierno, decidiendo ganadores y perdedores; y manejando políticas fiscales y monetarias aplicables a una realidad inexistente.

Lamentablemente, aún ante el fracaso evidente, el Presidente se ha comprometido irrevocablemente con esas políticas. Ha sucumbido ante el canto ortodoxo y se ha entregado a quienes siguen creyendo que el mercado, lleno de fallas, de privilegios y monopolios, tendrá la respuesta.

Por eso, la solución de fondo tendrá que venir de fuera y, mientras tanto, los propios ciudadanos adoptarán medidas emergentes y dolorosas como los paros técnicos, mientras el Gobierno y los políticos se entregan a la rebatinga de puestos para tener el privilegio de seguir manejando el fracaso.

A renovarnos

(El Norte, enero 29, 2009)

Fernando Turner

El mundo ha cambiado a raíz de la crisis, inicialmente financiera, en Estados Unidos y ahora recesiva y global. Los retos actuales deben enfrentarse con políticas nuevas aunque el "establishment" pudiera considerarlas radicales.

Del mercado omnipotente e infalible al intervencionismo del Estado ante las fallas originadas por el apego al dogma desregularizador, al monetarismo y los privilegios al sector financiero. Del respeto, aunque sólo aplicable a países subdesarrollados, al equilibrio fiscal y comercial buscando preservar la solidez de las monedas, al ilimitado gasto público para rescatar a la economía dañada por un sistema financiero que se desbocó y fue raptado por los intereses personales de sus ejecutivos.

Del privilegio a los bancos a las inéditas palabras acusatorias del "Chancellor of the Exchequer" británico (equivalente al Secretario de Hacienda) acusando a los bancos de tener a la economía real secuestrada y de acentuar la recesión mundial. De Adam Smith entronizado a Keynes antes innombrable. De la necesaria "destrucción creativa" de las crisis, aceptando como inevitable y hasta conveniente el drama humano del desempleo, el hambre y la pobreza, a la inversión masiva del gobierno para reactivar la economía.

Del "dejar hacer, dejar pasar" al apoyo a industrias fallidas. De tasas de interés para controlar inflación a intereses casi en cero para evitar una depresión que sería mucho peor y para la cual se carece de conocimientos y herramientas de control suficientes.

Todo esto en Estados Unidos, Europa, China, Japón y demás países.

En México, tenemos ortodoxia disfrazada de programas insulsos, discursos y política electorera. Los mismos tecnócratas intocables, a pesar de su fracaso, con su mismo rollo monetarista, estatista y antiinflacionario. No saben cómo hacerle para resolver la problemática actual. Están demasiado anclados en el dogma para tener ideas nuevas.

Las élites económicas e intelectuales: en las nubes. Apoyan el canon neoliberal porque después de 25 años de prédica dogmática ya aprendieron la letanía, aunque no funcione para que crezca el país. Amafiados con el poder y los oligopolios, los poderosos económicos y políticos no tienen discurso, legitimidad, ni liderazgo eficaz.

El Presidente, cercado por sus asesores –elegidos precisamente por su ortodoxia y esclavitud al dogma–, siguiendo la práctica de pasados mandatarios, ha delegado el

gobierno de la economía y consecuentemente de la prosperidad de la Nación a dichos personajes, reservándose a ser administrador político de un sistema en decadencia, urgido de renovación, desprestigiado por su inoperatividad.

La academia, atada a los intereses de sus patrocinadores económicos, es estéril en propuestas acordes a la realidad mexicana que la energicen para crecer y paliar el desempleo y la pobreza.

Pésimo liderazgo porque no se autocritica, porque permite el fracaso ya muy prolongado, porque permite a fracasados dirigir sin responsabilizarlos. Porque no se renueva y sin renovación viene la muerte.

Necesitamos urgentemente un cambio: reenfocarse al crecimiento y al empleo; precios competitivos de los monopolios gubernamentales y de los oligopolios privados; austeridad en el gasto público como condición de un sistema fiscal moderno y competitivo aplicando una reducción substancial al excesivo y ostentoso gasto corriente; eliminación de las abusivas prebendas de políticos, sindicatos y burócratas; cancelación de la tenencia y del impuesto a autos nuevos.

Necesitamos cambiar los estatutos del Banco central para responsabilizarlo también del crecimiento y evitar la perenne sobrevaluación del peso; efectivo financiamiento a las Pymes mediante mecanismos eficaces que operen aun por sobre la banca y un golpe de Estado a los tecnócratas para que se maneje la economía en función del interés nacional y de la mayorías, abandonando el delirio neoliberal.

Son tiempos difíciles, pero aprovechables para renacer y renovar. Debemos hacerlo.

Al garete

(El Norte, enero 11, 2009)

Fernando Turner

En las crisis, la calidad del liderazgo se manifiesta. Cuando es capaz, puede mostrar sus capacidades creativas, organizacionales, carismáticas y ejecutivas ante las inminentes amenazas, para inspirar a la sociedad a intentar cambios trascendentes que la lleven a mejores estadios de desarrollo. Un liderazgo transformacional.

Cuando es inane, el liderazgo se manifiesta en exhortos, buenas intenciones y programas insustanciales orientados a conservar el statu quo y la imagen. Se aparenta acción cuidando no cambiar o renovar. Se apacigua la conciencia, evitando desacomodar el sistema y dañar intereses creados.

Éste lo vivimos actualmente en México. Un liderazgo improductivo, conservador, esclavizado por los dogmas, ineficaz y sin empatía con la gente. Liderazgo compuesto por las omnipresentes y perpetuas rémoras en el gobierno y la política, tanto del sector público como del "social" y privado.

Todos, sacando las mayores rentas de un país cada vez más disminuido. Movidos por egoísmo que los aísla de las necesidades, aspiraciones y penurias de la población, que son para ellos sólo estadísticas incómodas que siempre pueden ser maquilladas. Rémoras alejadas del interés nacional, el cual confunden con sometimiento al dogma globalizador, monetarista y conservador y a la protección a los de siempre.

Ante la crisis, las recetas de siempre. Proteger los ingresos fiscales a costa del derrumbe de la inversión y el empleo. Mantener grotescamente, en la estratósfera, las tasas de interés, para evitar la salida de capitales golondrinos rentistas, costosos e inútiles que pueden desplomar la moneda inflada por la intervención obvia y desproporcionada del Banco Central, esa institución pretendidamente infalible, ausente del compromiso impulsor. Proteger los monopolios públicos y los oligopolios privados congelando precios excesivos sobre los internacionales, los que han convertido al País en un esquilmo de las mayorías desprotegidas.

Ante la crisis, los mismos cursis, desprestigiados y anacrónicos shows corporativistas que el cambio no se ha atrevido a tocar, exhibiéndose orondos y sonrientes como comparsas, los mismos de siempre: los dueños del esquilmo y de las rentas; los perennes líderes empresariales, políticos y sindicales. Eventualmente se manifestarán irresponsables ante el fracaso de la farsa, pero prestos a la siguiente.

Ante el inminente derrumbe, centrarse en la protección de los ingresos fiscales, en el Estado y en la protección a la oligarquía como remedio a una crisis que demanda, además de política monetaria contracíclica, apoyo al consumidor y a los productores no rentistas, mediante desgravaciones fiscales y estímulos sustanciales, así como austeridad, recato y moderación a funcionarios, políticos y oligarcas.

Contrario a otros países que regresan impuestos en efectivo, eliminan gravámenes y aumentan las inversiones, nuestro gobierno, cooptado por tecnócratas incapaces esclavizados a teorías desprestigiadas, acompañado del corporativismo y alejado de la gente, anuncia medidas gastadas, irrelevantes e ineficaces que no tiene intenciones ni capacidad para aplicar, y cuya ejecución el Presidente no intentará vigilar, porque son para la foto y para la galería. Para la biblioteca post presidencial, el libro de glosa y la campaña partidista.

Mal augurio. Esperemos la explicación al fracaso responsabilizando a los gringos, a la caída del petróleo; a la baja calidad del mexicano que no merece a sus líderes y prepárense para el derroche, con nuestros impuestos, de miles de políticos ansiosos por convertirse en salvadores de la patria pero que, sin cambiar el entramado, sólo acelerarán el declive.

Sin liderazgo transformador, el País está al garete. ¿Dónde está ese nuevo liderazgo transformador? ¿Cómo abrirle camino?

CONTRAPUNTOS / Dólar caro

(El Norte, octubre 12, 2008)

Una moneda sobrevaluada asegura estancamiento, desempleo y pobreza

Fernando Turner

La crisis internacional traerá graves efectos, pero también la oportunidad de cambiar políticas económicas que nos han mantenido estancados, entre otras, la del manejo cambiario.

El tipo de cambio es el precio de una moneda en relación con otra. En nuestro caso, principalmente el dólar. En teoría debe reflejar los precios relativos entre países para que el intercambio comercial internacional se base en ventajas comparativas reales, se logre especialización de cada país según su eficiencia logrando todos beneficiarse, aumentando la prosperidad global.

Esta teoría también supone, entre otras cosas, que todos los países establecen paridades basadas en el verdadero poder de compra y movimiento internacional irrestricto de todo tipo de bienes.

En la práctica, estas condiciones son inexistentes y cada país elige el régimen cambiario que le conviene para alcanzar sus objetivos. La mayoría –casi todas las naciones asiáticas– controla rígidamente la paridad, por su importancia estratégica para lograr competitividad y crecimiento. Durante las últimas décadas, estos países han mantenido subvaluadas sus monedas para impulsar exportaciones, inversión y empleos. Su crecimiento ha sido espectacular y la disminución de la pobreza evidente.

Pocos países –quizá sólo Estados Unidos y Europa– manejan un régimen de flotación libre. Otros, incluyendo México, intervienen constantemente en su manejo, generalmente para anclar la inflación, sobrevaluando la moneda, pretendiendo que el mercado controla.

La paridad es como un lente que aumenta o disminuye los precios externos medidos en pesos, y su graduación es esencial para equilibrar la competencia entre productores de diferentes países. Además, para evitar incentivos perversos que causen depresión y desempleo y para crear los que incentiven desarrollo.

Los países exportadores de recursos naturales reciben cantidades excesivas de dólares que descalibran la lente al abaratar esta divisa. Esto motiva a consumir lo importado, pues

hay un subsidio implícito pagado con esos ingresos excesivos. Ningún consumidor desprecia esa dádiva, que por cierto beneficia más al que más consume.

También los productores preferirían importar, con ese subsidio, trabajadores, servicios, insumos, energía y Gobierno eficiente. Pero hay muchos bienes imposibles de traer, generalmente protegidos y por ello con precios excesivos, lo que impide a las empresas y a sus trabajadores competir en igualdad de circunstancias. Entonces se prefiere no invertir con la consiguiente pérdida de empleo estancándose la economía.

La sobrevaluación como política genera además la consecuencia no deseada de incentivar a las empresas a financiarse en moneda extranjera, asumiendo riesgos cambiarios que las colapsan en las crisis. Varias de las grandes están ahora al borde de la insolvencia por la depreciación reciente del Peso.

Durante las últimas cuatro décadas, sucesivos gobiernos han sobrevaluado el Peso, porque les es más fácil bajar los precios en pesos de los productos importados –y con ellos de los nacionales que compiten con ellos, pero no los monopolísticos– que atacar las verdaderas fuentes de inflación: el propio Gobierno y sus oligopolios privados consentidos. Con eso evitan recetarse austeridad y lograr eficiencia en las paraestatales. Compran tiempo, a costa de dilapidar los ingresos petroleros y debilitar al aparato productivo, para evitar reformas dolorosas en sindicatos públicos; infraestructura y burocracias. Además, evaden afectar las jugosas rentas monopolísticas de empresarios privilegiados, engordadas a costa de contribuyentes, consumidores y sector productivo.

Esta política, perversamente defendida con dogmas y falacias, asegura estancamiento, desempleo, migración, pobreza y desigualdad.

Las crisis reviven periódicamente al debilitado sector productivo sobreviviente de los shocks, por la urgencia de exportar manufacturas, al acabarse las reservas por la salida de los dólares golondrinos recibidos irresponsablemente y la baja en los petrodólares.

Debemos aprovechar esta crisis para cambiar esta nefasta política por otra que mantenga un tipo de cambio competitivo, no subsidiado, acorde con nuestra condición de país urgido de empleos y de crecimiento. Esto implica obligar al Gobierno a combatir la inflación generada por sus monopolios y los de sus comparsas, forzándolos a operar con precios internacionalmente competitivos. Obligarlo a eliminar trámites, burocracias y gastos superfluos, a bajar substancialmente el gasto corriente y a hacerse barato.

Esto sí combatiría la inflación, nos haría competitivos, alentaría la inversión y generaría empleos y bienestar. Lo actual es pura incompetencia.

Inflando la Burbuja

(El Norte, Agosto 28 del 2008)

Fernando Turner

El delirio neoliberal percibe como valor real de la moneda lo que determine el mercado. Olvida su valor de compra y las imperfecciones existentes. Piensa que la "Mano Invisible" ajustará al valor correcto. Lo importante es no intervenir y defender que exportación petrolera, tasas de interés exageradas, política exuberante de gasto y capitales especulativos no producen distorsiones.

Entre combatir la inflación aumentando tasas y el gasto total de los ingresos petroleros – políticas que aumentan la oferta de dólares–, no encuentran una estrategia que mantenga un tipo de cambio competitivo, según recomienda el Consenso de Washington.

En la fantasía se considera superfluo buscar políticas para alinear el valor financiero y el real. Si estos valores se separan, porque la moneda se devalúa por inflación, pero se revalúa contra el dólar, se crea un desajuste que anticipa problemas peligrosos. Peor si los responsables defienden esta negativa tendencia.

Si 10.25 pesos compran 25 por ciento menos en México que un dólar en el exterior, compraremos más allá y menos acá. Los insumos locales serán más caros y también exportaremos menos. Al abaratar los bienes importados en relación con nuestros ingresos, consumiremos excesivamente y ahorraremos menos, reduciendo inversión y empleos.

Esto aguanta hasta que las exportaciones petroleras y el dinero "caliente", hoy 30 mil millones de dólares y subiendo rápido, les permitan mantener esta infortunada política. Si perdura, acabaremos con las actividades productivas, salvo aquellas protegidas. Luego, cuando acabe la "venta de las joyas", empezaremos de nuevo, más atrasados y pobres. El País encogido. El efecto del "Mal Holandés".

Según nuestros funcionarios, esta política es buena porque el mercado ajustará el valor monetario. En lo primero se equivocan, pero tienen razón en lo segundo.

Este manejo es malo porque lastra nuestras actividades productivas. Porque subsidia importaciones, reduciéndose inversión, empleo y consumidores. Necesitando urgentemente empleos, la estrategia es peligrosamente irresponsable. Especialmente cuando el yuan chino está subvaluado en 30 por ciento.

Cierto que el mercado equilibrará eventualmente el tipo de cambio. Así ha pasado en 1976, 82, 87 y 94. Devaluaciones traumáticas causadas por moneda inflada. Antes del drama se defendía sobrevalorarla para bajar inflación. Después, crisis, inflación desbordada y ningún responsable.

Son los mismos que ahora nos venden la misma basura con el Peso al mismo nivel de hace seis años en relación con el dólar, no obstante que los precios han aumentado 30 por ciento desde entonces, y cuando el déficit comercial, sin petróleo, ha llegado al peor nivel de la historia: 6 por ciento del PIB. Y mayor que en 1994 antes de la debacle. Son 60 mil millones de dólares que representan 3 millones de empleos perdidos en México y ganados en Asia, subsidiados con nuestro petróleo. Más nos valiera cerrar los pozos.

Muchos, irreflexivamente, han comprado esta espejismo monetarista, porque dicen que permite comprar más con el salario, sin recapacitar que con ese subsidio masivo al consumo habrá menos asalariados y que nuestra economía continuará anémica, pequeña y desigual. Creen que señalar esta tragedia es conveniencia de exportadores, porque los tecnócratas han manejado esa falacia. Una moneda inflada con petróleo nos dejará más atrasados y pobres. Sin petróleo, reservas, industria y empleos.

Se puede diseñar una política que asegure un tipo de cambio competitivo, condición esencial si queremos crecer, pero es necesario despertar de la quimera y atrevernos a cuestionar dogmas. Pero se requiere liderazgo y valor para reorientar la política monetaria y la economía al crecimiento. ¿Veremos este cambio?

CONTRAPUNTOS / Aumento de la tasa de interés

(El Norte, junio 30 de 2008)

Afecta de manera negativa a la competitividad nacional.

Fernando Turner

Apoyado por el dogma y sus postulantes, Banxico aumenta la elevada tasa de interés referencial, buscando contener aumentos de precios. Como todo precio fundamental, las tasas tienen límites que, de excederse, generan efectos importantes en competitividad y crecimiento, lo que exige mayor rigor para evaluar la medida.

Inflación se define como un aumento sostenido y generalizado de precios que el delirio neoliberal atribuye únicamente a exceso de dinero y se corrige reduciendo su disponibilidad, encareciéndolo.

Pero se presentan varios problemas: saber si experimentamos un aumento generalizado de precios o un cambio en precios relativos –del petróleo y de los alimentos, principalmente.

La Fed y el Banco Central Europeo piensan que es lo segundo y han mantenido tasas bajas. Deciden evitar desempleo innecesario, pues la causa es un cambio fundamental entre la oferta y la demanda mundial de esos "commodities". La respuesta adecuada, piensan, consiste en modificaciones tecnológicas y hábitos de consumo; y en mayor inversión y producción que sobrevendrá incentivada por los altos precios.

Si el aumento es general, faltaría determinar sus causas sin vendas fundamentalistas. Es ilógico pensar que costando 3.75 veces más que afuera, el dinero sea abundante. Entonces, ¿por qué la inflación sube?

Anteriormente el sospechoso habitual era el empresariado protegido, pero la apertura comercial debía haberlo eliminado. A menos que falte apertura y competencia en sectores importantes y se abuse de ilegítimo poder de mercado.

Sabemos quiénes son. Los conocemos. Empezamos con el Gobierno, insigne monopolista: Gas Natural, diesel, electricidad, autopistas, seguridad, educación. Siempre aplicando precios excesivos con productos regulares o proporcionando servicios malos generando costos–país innecesarios.

Seguimos con los "consentidos" en bancos, telecomunicaciones, aeropuertos, puertos, autopistas, ferrocarriles, distribución de gas, cemento. Casi todos generados por privatizaciones. Los más ricos del País. Ninguno responde al encarecimiento del dinero para moderar precios. De hecho los suben para compensar costos financieros, apreciación cambiaria y baja demanda. En la quimera neoliberal se olvida que para que las medidas monetarias funcionen es requisito la libre competencia.

Lo más nefasto de la medida es acentuar la sobrevaluación del Peso, inflado de entrada por los ingresos petroleros y política fiscal de gastar imprudentemente hasta el último peso que se obtenga. La paridad actual es la misma de mayo de 2004, aunque los precios han aumentado desde entonces 19.4 por ciento y los de los protegidos 35.8 por ciento.

El Gobierno gasta a todo tren y pide al Banco Central que afloje, lo cual es una grosería. Pero también lo es aumentar tasas sin contener la apreciación cambiaria, sin llamarle la atención al gobierno y sin controlar capitales "golondrinos".

La sobrevaluación, que según el propio Banxico es de 22.4 por ciento a mayo, tiene efectos perniciosos sobre la competitividad. Cierra la pinza destrozando la factibilidad del sector competitivo. Por un lado precios altos del exterior, complementados por los de los monopolios y oligopolios locales. Por otro, control de sus precios por la sobrevaloración que subsidia a productores extranjeros. De pilón, mayores costos financieros. No es extraño que se pierdan mercados, empleos, empresas y que patinemos sin avanzar.

¿Qué hacer? Reenfocarse en eliminar las trabas principales que impiden rentabilidad adecuada a decenas de miles de empresas en competencia. Principalmente, exigir al Gobierno que deje de ser el monopolista eminente y fije sus precios pensando en la competitividad y no sólo en recaudar; prohibirle legalmente comprar a precios arriba de los internacionales a sus preferidos, y demandar efectividad en su intervención para eliminar el desequilibrio entre precios de bienes monopólicos y libres.

Reconocer límites a tasas de interés sobre los cuales la política monetaria no funciona y establecer controles a capitales especulativos; preocuparse por alinear la paridad nominal con la real para protegernos de devaluaciones traumáticas y así alentar la inversión, cancelando subsidios al consumo y productores extranjeros; y bajar el gasto corriente del Estado reduciendo demanda excesiva y tentación de aumentar impuestos.

Todo se puede hacer rápido. No se necesita legislar ni debatir. Sólo falta recobrase del delirio. Reconocer que no funciona lo de siempre. Que los elefantes no vuelan y que el bienestar de todos está por encima de intereses políticos y de consentidos.

Se hace bolas el engrudo

(El Norte, 27 de mayo, 2008)

Fernando Turner

Los eventos económicos de los últimos meses han causado un mayor desconcierto en el Gobierno.

Ante la desaceleración global, aumento del petróleo, incremento en alimentos, inflación, reforma energética, estancamiento en empleo, apreciación del Peso y aumento en tasas de interés, el engrudo económico se está haciendo bolas.

Los dogmas del delirio neoliberal, que a pesar del fracaso siguen siendo defendidos por los iniciados, impiden una visión fresca para resolver el rompecabezas.

Los síntomas: con el precio del petróleo al doble del presupuestado y nuevos impuestos el Gobierno no completa, la economía patina y el empleo se estanca, la inflación se reenciende, la inversión disminuye, los intereses son tres veces mayores que en Estados Unidos y el tipo de cambio se mueve en dirección contraria a las necesidades de inversión y a los aumentos de precios.

El Banco Central avanza un pie en la dirección consabida e inútil, mientras el Gobierno federal –gastando a todo tren y aumentando el circulante por la monetización de los ingresos petroleros– avanza el otro en la dirección contraria.

El Banco aumenta tasas para contener circulante excesivo causado por gastar todos los petrodólares, apreciando más la moneda y condenando al productor nacional a competir con desventaja.

A 10.40 pesos por dólar, lo racional es dejar de producir y dedicarse a importar y consumir para salirse de la trampa y aprovechar el subsidio proveniente de la política económica.

Aumentar tasas, recomendado para una economía con libre competencia, pero no para una llena de monopolios, no contiene la inflación y le significa al Banco perder miles de millones de pesos, pues es el principal tenedor de dólares depreciados, haciendo polvo su capital, y al Gobierno pagar intereses extras por aproximadamente 30 mil millones de pesos por su deuda interna y dejar de recibir otros 30 mil millones anualmente de los dólares petroleros.

El ingreso del nuevo impuesto, que gravita sobre toda la sociedad productiva y que desincentiva la inversión, se esfuma.

El Gobierno gastando prodigiosamente para lograr apoyos para su reforma en turno ni remotamente piensa en contener la inflación moderando sus precios excesivos y forzando a los oligopolistas a hacerlo, y convierte cualquier aliento a la producción en enunciados retóricos sin significado.

Ante la escasa producción de alimentos: importaciones subsidiadas y rollo. No entienden porque los ciega el dogma.

La economía crece aumentando la inversión. Ésta se incrementa si sus rendimientos mejoran. No lo hacen porque los monopolios públicos y los oligopolios privados se llevan la tajada del león. Porque el Gobierno cobra el 25 por ciento de lo que producimos sin limitarse en gasto corriente; con inversión insuficiente y aplicando precios excesivos en energía.

La mal entendida autonomía del Banco Central y el juego de las vanidades impide la coordinación necesaria entre los responsables de las políticas monetaria y fiscal, con lo que cada quien baila el tango por su lado.

Como el Banco no ve freno a los precios protegidos ni al gasto, aumenta las tasas intentando inútilmente contener la inflación, lo que aprecia el Peso castigando a los productores, fomentando el consumo –que se satisface con importaciones ante lo barato del dólar–, causando quebrantos en su balance y pérdida de ingresos al Gobierno.

Un círculo vicioso. Increíble que haya quienes apoyan este desastre, pero la alucinación neoliberal sólo se acabará cuando las instituciones financieras y las universidades internacionales cambien la tonada y vengan los mexicanos becados por el Gobierno a reemplazar tecnócratas.

En unos 20 años más... O con un cambio drástico de Gobierno que propician con su ceguera e ineptitud los que más le temen.

El Gobierno y sus consentidos

(El Norte, mayo 15 de 2008).

Fernando Turner

La principal causa del escaso crecimiento económico consiste en la incompatibilidad entre una amplia apertura al exterior y la presencia de oligopolios privados y monopolios públicos en importantes áreas económicas.

Jack Welch, connotado gurú de los negocios, y Carlos Salinas, ex Presidente a quien se acusa de muchas cosas, pero no de tonto, lo han expresado recientemente.

La apertura externa demanda competitividad a las actividades liberalizadas, mientras los protegidos gubernamentales y privados se dedican a impedirlos, ordeñándolos y acaparando recursos.

Mano a mano, el Gobierno y los consentidos manejan posiciones, precios y políticas para mantener su prepotencia sin necesidad de invertir, emplear, competir y servir.

Por un lado, con Pemex y CFE a la cabeza, el Gobierno aumenta precios y establece políticas dignas de los más duros monopolios buscando aumentar sus ingresos mientras se maneja en un océano de ineficiencia, corrupción y favoritismo.

No alcanzan más que a quejarse y manifestar indecorosamente en público las lacras generadas por su administración deficiente: falta de tecnología, burocratismo, agotamiento de lo fácil, desperdicio, abusos sindicales y quiebra, a pesar de gozar de concesiones que enriquecerían al más tarado. Como si estos organismos estuvieran al garete.

Por el otro, aprovechando canonjías provenientes de privatizaciones y del Estado, los oligopolios privados refuerzan a la luz del día y sin limitaciones sus acciones abusivas.

Dominando actividades estratégicas, impiden competir y debilitan a las empresas liberalizadas al sujetarlas a insumos caros e ineficientes, gozando de utilidades desproporcionadas.

Para rematar, los sectores enfrentados al exterior lo hacen lastrados por un tipo de cambio muy por encima de su valor real, apoyado por ingresos masivos de divisas petroleras e inversiones especulativas atraídas por las descomunales tasas de interés nacionales.

Entonces su ingreso disminuye mientras sus costos se incrementan, ahuyentando inversiones. Dado que las inversiones del Gobierno y grandes empresas representan únicamente el 20 por ciento de las necesarias, la insuficiente inversión de millones de emprendedores impide que la economía crezca.

Mientras esta situación no se corrija, la carencia de empleos mantendrá bajo el ingreso de las familias, permanecerá inalterada la pobreza y el País seguirá arriesgando su futuro democrático.

La tan manoseada lista de reformas estructurales debe iniciar con el compromiso, políticas y acciones que modifiquen el comportamiento abusivo de los monopolios públicos y modere el de los privados.

No se requiere privatizar Pemex y CFE para regularlos en beneficio del consumidor e impedirles que les trasladen sus ineficiencias. Pero se requiere intención de hacerlo.

Esta intención está notoriamente ausente en la propuesta gubernamental sobre Pemex y en las discusiones actuales de los "rentistas petroleros": políticos, burócratas, sindicalistas y contratistas.

Al moderarse, con la autoridad ganada con el ejemplo, el Gobierno podría enfocarse a aplicar políticas efectivas que repriman y luego eliminen los oligopolios privados.

Debe aplicar la misma determinación y valor que emplea en otras actividades socialmente nocivas, si verdaderamente le preocupa eliminar la pobreza.

Dejar de ser el hazmerreír de los oligopolistas y del mundo entero aumentaría su limitada credibilidad ante las mayorías empobrecidas por dos largas décadas de estancamiento, favoritismo y concentración de riqueza.

Sin esta piedra angular, todo lo demás es discurso dogmático y rollero. Con esta reforma, el País daría un gran salto adelante que haría renacer el optimismo y la confianza en nosotros. Buena falta nos hace.

'Liberalismo' burocrático

(El Norte, enero 16, 2008)

Fernando Turner

En estos días es posible palpar las causas que impiden que nuestra economía despegue. Entre burócratas y monopolistas se continúa estrangulando al emprendedor en una forma sistemática, insensible e irresponsable.

Aumentos en impuestos, energía, cemento y acero y control de precios para otros; liberación comercial para los valientes y cierre de fronteras para favorecidos; mercado libre para chiquilines y oligopolios para cuates. Competencia irrestricta para el sector productivo y protección a banqueros, aseguradoras y Afores; laboratorios, televisoras, telecomunicaciones, Pemex, CFE, aeropuertos, ferrocarriles, puertos, sindicatos del gobierno, burócratas, políticos y Estado. Son manifestaciones de un gobierno pseudoliberal, que declara como prioridad el empleo, pero aplica políticas estatistas y oligopólicas, eligiendo ganadores y perdedores y destinándolo a fracasar en su objetivo principal.

Las malas decisiones burocráticas son un cáncer que avanza sin remedio, socavando el espíritu emprendedor de grandes y pequeños. No privilegian el crecimiento y el empleo, sino protegen al sector público y a sus aliados, los monopolistas privados. Están enfocadas en aumentar ingresos al Estado, cuidando no afectar a los omnipresentes y voraces monopolios públicos y privados.

Debido a la insensibilidad del burócrata en cuanto al efecto nocivo de sus decisiones, creen que no tienen respuesta de la población porque no la ven en desplegados, manifestaciones o grilla. Porque no hay diputados que defiendan al ciudadano y al emprendedor. Al consumidor. Al pequeño. Porque creen que negociando con las cúpulas ya la hicieron.

Se equivocan. El ciudadano responde reduciendo inversión y actividad. Con incentivos negativos en aumento se invierte menos, y sólo en actividades protegidas de la competencia y resguardadas de monopolios y gobierno, muchas de ellas informales.

La escasa inversión es un voto negativo, claro y evidente, a las malas políticas públicas, pero no lo entienden así los burócratas. Se contentan con inaugurar alguna planta de inversión extranjera, en sí misma insuficiente, y pensando que el mexicano es ingrato porque no aprecia las bondades del sistema.

Ignoran lo obvio. Para aumentar la riqueza es necesario crear empleos suficientes para un millón y cuarto de jóvenes que anualmente llegan a la edad de trabajar. Para lograrlo se requiere aumentar sustancialmente la inversión nacional, del actual 15 por ciento al 25 por ciento del PIB y su crecimiento de 3 a 6 por ciento. Más inversión ampliaría, si los burócratas no estorban, la productividad del trabajador y los salarios reales, sin causar inflación. Mayor masa salarial ampliaría el consumo, la inversión y los ingresos públicos, generándose un ciclo virtuoso creciente.

Pero la inversión sólo aumenta aplicando políticas que acrecienten su rendimiento neto, pues hay insuficiencia porque su precio (rendimiento) es menor al requerido considerando los riesgos en el País. Si este rendimiento es inadecuado, se debe principalmente a insumos monopólicos más caros que en el exterior o a excesivos impuestos o a ambas cosas.

Si los impuestos son altos y el Gobierno no completa, se debe a que gasta más de lo debido, no a que falten más impuestos. Si los impuestos son bajos y el rendimiento también, entonces los insumos monopólicos son excesivamente caros, y una reforma estructural indispensable es liberalizar esos sectores y/o alinear sus precios a los internacionales más bajos.

Si ésta se omite y no se desmantela el presente sistema pseudoliberal-burocrático-monopólico estableciendo un verdadero liberalismo, orientado activamente y consistentemente a estimular a millones de emprendedores, no repuntará la inversión y el empleo, y México seguirá siendo un país frustrado, pobre y desigual.

Refugio en el autismo

(El Norte, diciembre 14, 2007)

Fernando Turner

Ante una inminente disminución del crecimiento económico norteamericano con el consiguiente efecto recesivo en México, las autoridades económicas nacionales se refugian en el autismo.

Sólo enfocan las limitadas variables que para ellos son la única realidad existente: superávit en finanzas públicas mediante mayores impuestos y cargas de los monopolios estatales y baja inflación sobrevaluando el peso, con lo que se reducen los precios de los bienes sujetos a competencia, mientras los oligopolios y monopolios los aumentan.

¿Creación de empleos? Mediante el control de las variables mencionadas, los empresarios finalmente entenderán, y a pesar de que los precios de sus productos bajan y los de los monopolios suben y de una permanente política de cargarles las ineficiencias de las paraestatales y del Gobierno, sacarán su lanita y la invertirán.

¿Energía competitiva? No se puede porque Pemex y CFE son ineficientes y hay que cargar el exceso al usuario y evitar un déficit gubernamental. Porque se nos están acabando las reservas ya que el Gobierno gasta las enormes utilidades de Pemex y CFE en gasto corriente. No se puede porque al monopolio petrolero no le conviene importar gas barato, pues implicaría rebajar el propio, que es el 85 por ciento del total consumido, y se afectaría el erario.

¿Eficientar Pemex y CFE? No se puede porque hay que mantener la paz sindical y porque finalmente las ineficiencias las paga el consumidor. ¿Eliminar oligopolios privados? No se puede. ¿Cómo quieren que se ataque a quienes financiaron las campañas políticas de los ganadores? ¿Ir en contra de los prohombres que engalanan las giras presidenciales, las cenas de Estado, que dirigen las principales universidades privadas, las más importantes organizaciones benéficas, los medios de comunicación, manejan las cúpulas empresariales y controlan a la chiquillada? ¿Están locos? ¿Bajar impuestos? A quién se le ocurre.

Eso sólo lo hacen los gringos cuando quieren generar crecimiento y empleo, pero por eso están endeudados hasta la coronilla y su bienestar económico es irreal e insostenible. ¿Queremos en México ese bienestar de mentiritas? Todos sabemos que en México nadie paga impuestos y que el 25 por ciento del PIB que capta el Gobierno lo pagan las golondrinas o el petróleo. Para sostener el gasto corriente, a los políticos, paraestatales,

sindicatos del gobierno y pensiones de burócratas necesita el Gobierno más dinero nuestro, sin importar que otros países crezcan más porque evitan gravar en exceso a inversionistas, trabajadores y consumidores.

¿Bajar intereses? ¡No faltaba más! Hay que aumentarlos para bajar la inflación. Los gringos los bajan, puesto que privilegian el crecimiento y tienen la inflación controlada porque no tienen monopolios y oligopolios como nosotros. Debemos seguir apreciando el peso aumentando los diferenciales con el exterior, para que las importaciones sean más baratas y con ello controlar el precio a los productores abusivos (¿ilusos?) que todavía persisten en los sectores sujetos a competencia.

¡Que sean eficientes y aguanten la sobrevaluación del peso, altos intereses y monopolios! Si con eso no invierten, dicen, es porque los mexicanos somos estructuralmente estúpidos y no merecemos el Gobierno y los economistas que tenemos. No se hagan bolas, si queremos afrontar la inminente crisis y apoyar el empleo, hay que cambiar de casete y crear urgentemente las condiciones para que invertir sea negocio, no sólo para los consentidos, sino para miles de mexicanos que quieren progresar y cuya creatividad y energía están atadas por la estupidez de las políticas económicas, por privilegiar al Gobierno y por los monopolios.

Extraviados

(El Norte, septiembre 11, 2008)

Fernando Turner

Sorprende y desanima el extravío del rumbo para lograr los objetivos indispensables para asegurar el bienestar nacional. Autismo, ignorancia, intereses e incompetencia del liderazgo son sus causas principales.

El Presidente propone como su objetivo central el fomento al empleo y se concentra en asegurar pensiones a burócratas y aumentar impuestos, mientras se diseñan incentivos al empleo que nadie puede acceder y crean ¡ootra! comisión intersecretarial como programa principal de apoyo a pequeñas y medianas empresas.

Los líderes empresariales, atados por el corporativismo, la intimidación con la élite política, el contubernio con oligopolistas y el apoyo irreflexivo al dogma económico imperante, evitan luchar por establecer las condiciones económicas adecuadas para que sus propias empresas –y millones de emprendedores– desarrollen su creatividad para sacar al País de la mediocridad y estancamiento.

Los tecnócratas, en su tercera década de control de la economía, continúan en la defensa de un modelo que nunca permitió desarrollo y crecimiento. Su falta de sentido común, el dogma "macheteado", y su vocación burocrática, los cierra a opciones que dinamicen el desarrollo.

Practican y protegen el dogma; defienden al Estado; evitan criticar a oligopolios e intereses especiales; cierran las puertas a ideas diferentes y acrecientan su desprecio en el sector privado, creyendo que sólo lo forman los protegidos, concibiéndolo como dependiente, monopolista e ineficiente.

Preocupa que muchos intelectuales –Zaid exceptuado– compren la tesis de que la pobreza se reducirá con mayor intervención estatal, no obstante su inveterada crítica a la manifiesta ineficiencia y corrupción estatal.

Sorprende, por superficial, la discusión sobre la reforma fiscal.

El liderazgo empresarial lanza una cruzada simultáneamente defensora de intereses especiales y mitigadora del golpe que, por falta de ideología, no tiene argumentos para evitar. Convencido por favores políticos y por sus propios tecnócratas mimetizados con el "estatismo liberal", acepta mayor complejidad y regulación y un aumento de impuestos

que fomentará mayor dispendio gubernamental, que indudablemente disminuirá la capacidad de ahorrar e invertir de la sociedad y que, consecuentemente, afectará negativamente la creación de empleos.

Por carecer de ideología verdaderamente liberal y motivados por mantener el statu quo estancador, se han convertido en coautores de la mediocridad nacional.

Preocupa que ante una desaceleración inminente de la economía norteamericana, con sus consiguientes efectos recesivos en la nuestra, los líderes nacionales no consideren el impacto negativo incremental que el aumento de impuestos causará en la inversión y el empleo.

Desanima que legisladores, cuyos partidos predicán subsidiariedad y humanismo, se conviertan en celosos defensores de más Estado y menos sociedad, extraviados por intereses partidistas. Es surrealista su divorcio de la clase media que los eligió, pero impudicamente regresarán ante esa misma clientela por nuevos votos para mantener sus privilegiadas posiciones.

Mientras tanto, el "ciudadano olvidado" el que paga, trabaja, arriesga y emprende, sin representación, sin ser escuchado, sin asiento en la mesa, aumenta su desmotivación ante un estado de cosas que le impide progresar.

Atrapado entre un Estado omnímodo; una clase política divorciada de sus banderas; entre oligopolios que lo explotan, y mediatizado por un corporativismo empresarial en connubio con el estatismo, se refugia en la apatía.

¿Usted cree que así animaremos al emprendedor a invertir 70 por ciento más y crear los empleos que necesitamos para empezar a paliar la pobreza y la desigualdad?

Iniciativa de reforma fiscal

(El Norte, junio 25, 2007)

Fernando Turner

Es solamente recaudatoria e inhibirá la competitividad y el empleo al aumentar la carga impositiva.

Se dice que el Gobierno requiere más ingresos, implicando que la carga fiscal es de las más bajas mundialmente, equivalente a 10 por ciento del PIB. Sin embargo, en 2006, los ingresos totales del Estado representaron el 24.4 por ciento del PIB, según Hacienda.

Del total, 3 por ciento fueron ingresos arriba de presupuesto (65 por ciento por mayor crecimiento económico y el resto por mayores precios petroleros). Del 21.4 por ciento presupuestado, 13.1 por ciento fueron ingresos no petroleros y 8.3 por ciento petroleros. Sin embargo, esta última cifra se maneja dolosamente, pues su mayor parte (6 por ciento) son impuestos sobre consumo de energía no asociados a los precios internacionales petroleros.

Este ingreso se ubica en la media tabla mundial y es proporcionalmente superior al de otros países, de mayor avance y crecimiento, como Estados Unidos. La pretendida pobreza del Gobierno está fundada exclusivamente en la voracidad de quienes viven del dinero de los demás.

¿Son los ingresos demasiado dependientes del petróleo? Menos de 10 por ciento del total son propiamente petroleros, pues cuando se dice que son una tercera parte, se incluye los impuestos que pagamos en las gasolineras, entre otros. Esto no es correcto, pues aunque importáramos petróleo, se cobrarían impuestos por su consumo.

Sin embargo, es diferente evitar la mencionada dependencia, cuando los ingresos totales son suficientes, como sucede, a cuando son insuficientes, como se declara. En el primer caso, lo conveniente es reducir impuestos a la energía compensando con gravámenes al consumo y/o a la renta. Con el impulso resultante a la competitividad y a la economía productiva, se lograría el equilibrio y se superarían las proyecciones base de Hacienda, que plantean un crecimiento económico de sólo 3.5 por ciento anual durante este sexenio. Con esta insuficiente meta, 5.25 millones de jóvenes acrecentarán el desempleo en este sexenio.

Aumentando impuestos no se alienta mayor crecimiento económico, a menos que en México la economía responda a reglas extrañas. Estudios indican que una mayor carga

fiscal tiende a deprimir la actividad económica al inhibir el incentivo a ahorrar, invertir y emplear. Si el Estado recibe más ingreso, la sociedad tiene menos. Si el Estado consigue 300 mil millones de pesos más anualmente, éstos les faltarán a los ciudadanos. Adicionalmente, reduciendo el rendimiento de las inversiones, éstas serán más escasas, deprimiendo utilidades, nóminas y consumo futuro, contrayendo la base gravable esperada.

En una economía de mercado, la función del Estado es crear condiciones para que se logre el bienestar colectivo, mediante la actuación de los individuos buscando su bien particular. Si es eficiente y barato, el Estado permite el despliegue de las capacidades individuales, generando un aumento de inversiones y empleos. Aun en una economía tan distorsionada como la nuestra, sólo así se reduce la pobreza. Si el régimen pretende atenuar la pobreza mediante transferencias, traiciona su credo liberal, sus prédicas de subsidiaridad y asegura su fracaso.

El Gobierno está escogiendo un pésimo camino. Sólo busca recaudar más cuando ingresa suficiente y se demanda gastar mejor. No simplifica, sino complica creando más impuestos, trámites y amenazas, desanimando el cumplimiento. Busca paliar la pobreza mediante subsidios, no alentando inversión y empleos. Intenta depender menos de ingresos petroleros pero sin eliminar sobreprecios que lastran competitividad y crecimiento.

Al Gobierno no le motiva aumentar base gravable real, ya que puede inventar gravámenes. Busca combatir evasión con escopeta, llevándose a justos y pecadores. Trata a los contribuyentes como enemigos y no como socios a los que hay que animar. Quiere evitar privilegios que él mismo ha otorgado a favoritos, pero sin eliminarlos para justificar sobregravar a miles de empresas pequeñas y medianas, que ni son monopólicas ni privilegiadas.

Se equivocan los tecnócratas. Piensan que cabildeando a cúpulas y políticos pasarán la ley y podrán gastar más. No toman en cuenta que desalentando al emprendedor, éste no invertirá. Que el cautivo redoblará sus esfuerzos de elusión si considera injusto el régimen. Que el informal reforzará su disfraz para evitar la red y que los extranjeros preferirán otro país con burócratas más sensatos, para hacer sus negocios.

Los tecnócratas están llevando al baile al Presidente Calderón y parece que nosotros también iremos.

Deteriorará el sentido de identidad de Monterrey como la capital industrial del País

(El Norte, mayo 6 2007)

Fernando Turner

La venta de IMSA ha suscitado comentarios respecto al deterioro del liderazgo regiomontano. En conjunto con fracasos y reestructuras, así como a otras ventas de empresas grandes, esta adquisición continúa una tendencia para algunos desfavorable y para otros solamente una manifestación lógica del proceso de globalización mundial. Se piensa que algo inconveniente pasa si empresas líderes son adquiridas y no adquirientes.

Los siguientes comentarios pretenden esbozar algunas causas de este fenómeno.

Empresarios caracterizados por un sentido del trabajo como fuente principal de realización, viviendo con frugalidad y privilegiando el mérito como medio de avance, hicieron de Monterrey ciudad líder. Por su laboriosidad, tesón, sencillez y humanismo, junto con una identidad e ideología definida, se convirtieron en un modelo e imagen admirada.

La combinación de su liderazgo, aplicado también a diseñar e influir en políticas públicas efectivas, alineó incentivos para el aumento de la inversión, la continua reinversión de utilidades y el fortalecimiento empresarial.

Por décadas prosperaron las empresas con empresarios ejemplares.

Las crisis de 1976, 82, 86 y 95 agotaron a la mayoría de estas empresas y acabaron con miles de pequeñas y medianas. Después de cada crisis, con sus secuelas de descapitalización, reajustes y pérdida de confianza, seguían años para recuperarse y sobrevivir, y no para desarrollarse y crecer.

Concurrentemente se experimentó un cambio generacional en los corporativos, manifestándose, según opiniones, un empobrecimiento en el liderazgo producto de una formación inadecuada de los sucesores, de pérdida de la sobriedad y de cambios en las motivaciones empresariales. Se cambió la frugalidad por el consumo; el trabajo diligente por la delegación a expertos; las inversiones productivas por los corporativos; el cliente por el consultor extranjero.

Con la nueva generación sobrevino mayor complejidad familiar corporativa por la multiplicación de herederos enfrascados en una guerra de vanidades y desencantados por escasos dividendos y puestos ante la rentabilidad disminuida, acentuando el desgaste directivo y minando aún a los mejores.

Las caídas y reestructuras, aunque fueran ajenas, aumentaron la percepción de riesgo del empresario, ahora sin fortaleza ideológica, con un espíritu desgastado por disputas familiares, frente a inéditas condiciones de competencia global y perplejos ante una política económica que apoyaron por dogma y que acabó debilitándolos y convirtiéndolos en presa del apetito globalizador.

Declaro admiración por los Clariond y los Canales. Son gente trabajadora y honesta y su motivación es especial y respetable. Esta reseña es una hipótesis educada de las causas por las que algunos empresarios herederos de aquellos exitosos y decididamente independientes ahora fracasan y otros son cazados en vez de cazadores.

Ahora tenemos más ricos y menos empresarios grandes. Empresas chicas que fueron grandes y empresas débiles que fueron fuertes. Quizá por eso las fuertes defiendan celosamente sus privilegios, no siempre legítimos, y los aprovechen para globalizarse.

Sin embargo, el liderazgo empresarial regiomontano sigue vivo y fortalecido. Ya no está en los grandes empresarios sino en miles de pequeños y medianos que sí practican las virtudes regias heredadas. Que compiten, ganan y prosperan ofreciendo calidad mundial, servicio inmejorable y precios competitivos. A pesar de no tener voz todavía. De ser sólo coro en las organizaciones empresariales y ser ignorados por el Gobierno. A pesar de estorbos públicos y obstrucciones privadas. A pesar de políticas públicas que privilegian al Estado obeso e ineficaz. A pesar de monopolios públicos y oligopolios privados, del dogma estabilizador con estancamiento.

Éste es el nuevo liderazgo regio. La fuerza de Monterrey. La esperanza competitiva de México.

El Grupo de los 10 ha muerto.

¡Viva el Grupo de los 10 mil!

El buen camino

(El Norte, abril 22, 2007)

Fernando Turner

El objetivo principal de la política económica debe ser crear 1.5 millones de empleos anuales, bien remunerados, durante los próximos 15 años. Lograrlo es inaplazable si queremos reducir la pobreza y asegurar gobernabilidad, por lo que apremian acciones que permitan aumentar 70 por ciento la inversión. Esto incrementaría la productividad, estimulando adicionalmente el incentivo para seguir invirtiendo.

Éste es el buen camino. Sin embargo, hay uno corto y otro largo. Estamos recorriendo el largo pretendiendo modificar muchas estructuras, para acelerar. La lista es como de supermercado: materia fiscal, pensiones, energía, laboral, seguridad, gobernabilidad, educación, etc.

El camino corto consiste en modificar las restricciones económicas críticas que reducen directamente la rentabilidad y, consecuentemente, el incentivo a invertir. ¿Cuáles son?

Preguntémosles a los emprendedores. A quienes desean abrir negocios. A jóvenes obstaculizados por equivocadas políticas autoimpuestas.

La lista corta de respuestas incluirá los altos precios de energéticos, infraestructura y productos y servicios de oligopolios privados. La siguiente limitante sería la ausencia de crédito oportuno, suficiente y competitivo para los pequeños y medianos empresarios.

¿Por qué no eliminar estos estorbos? Luego seguiremos, en un ambiente más positivo, con las reformas difíciles y costosas.

La respuesta dogmática es conocida. Es imposible bajar la energía porque importamos gas, y para evitar costo fiscal. Ambas razones son insostenibles. Si bien importamos 15 por ciento del consumo de gas, exportamos petróleo a precios muy buenos. La razón de exportar es poder comprar lo necesario donde sea más barato.

Bajar 10 por ciento la energía y los petroquímicos que se consumen en el país, equivale anualmente a una sexta parte del costo de la reforma del ISSSTE. ¿Por qué ésta primero y no la de energía competitiva?

Tenemos infraestructura cara por privilegiar al Estado y monopolios privados que el mismo Estado ha creado con privatizaciones. Esta política la podemos cambiar ya. No es tan caro como otras reformas.

La ausencia de un organismo especializado que financie adecuadamente a los pequeños y medianos emprendedores, similar a los existentes en casi todos los países, es una ofrenda ideológica permanente a una banca sobreprotegida y rentista. El Estado no acierta a intervenir cuando debe y dejar de hacerlo cuando no.

La incapacidad para regular monopolios privados es un escándalo y un lastre para el país. Pocos fuera de ellos encuentran inversiones rentables debido a energía, comunicaciones, telecomunicaciones, banca y petroquímicos monopolizados y caros. Ciertamente no en actividades enfrentadas con competencia externa.

Acciones efectivas para bajar a niveles internacionales los precios de productos estatales y de oligopolios privados, son más urgentes, baratas, efectivas y aceptables que las reformas planteadas. Aumentaría de inmediato el incentivo a invertir. Nos sorprendería el resultado.

Lo primero, la regulación, debe ser parte indispensable de la reforma fiscal. Lo segundo, bajar precios, demanda voluntad política de un gobierno verdaderamente liberal. El fisco ahorraría millones desinflando lo que paga a los oligopolios. El crecimiento resultante en utilidades empresariales y en nóminas ampliaría la base gravable y el Estado recuperaría pronto su "sacrificio".

Aun con todas las reformas estructurales, si no cambia la relación de precios de aquellos productos sujetos a la competencia internacional y los monopólicos, la economía no crecerá lo suficiente por la imposibilidad de lograr inversiones rentables en los sectores liberalizados.

Algunos académicos manifiestan ya su desencanto ante las recetas tradicionales y sugieren acción decisiva sobre las restricciones críticas. Eso hizo crecer a los tigres asiáticos y ahora a China e India.

Propongamos intentarlo. Es lo menos que podemos hacer. No tenemos tiempo para caminos largos. Ya perdimos suficiente.

Camino errado

(El Norte, abril 11 2007)

Fernando Turner

"México tiene lo esencial para el desarrollo económico: materia prima empresarial. Lo que no tiene son buenos economistas, porque no saben lo que es estar en los zapatos de un emprendedor", Gabriel Zaid.

Tiene razón el autor de la cita. Tenemos malos economistas. Nos han enredado. Han predicado un dogma equivocado y logrado confundirnos. Por eso no encontramos el camino.

No es tan difícil el asunto si olvidamos el dogma. Podemos desenredarlo de la siguiente manera: el reto principal es reducir la pobreza del 50 por ciento de la población. Solamente se logrará no aumentando el desempleo, lo que implica crear 1.5 millones de empleos por año durante los siguientes 20 y aprovechar la "ventana demográfica" (una gran proporción de población que entrará en edad productiva).

Llegaríamos, entonces, al ingreso por habitante que ahora tiene Corea del Sur y habremos reducido la pobreza al 15 por ciento.

No se pueden generar estos puestos sin un crecimiento económico a una tasa anual inferior a 7 por ciento. Para lograrse, se requiere una inversión total en relación al PIB de 25 por ciento, unos 200 mil millones de dólares anuales.

Actualmente, de los 800 mil millones del PIB, el 85 por ciento se destina al consumo y 15 por ciento a inversión. Entonces, se requiere aumentar ésta un 70 por ciento. Si se logra, la productividad de la mano de obra, la cual depende principalmente del capital invertido para cada puesto de trabajo, crecerá alrededor de 5 por ciento anual (similar a la época buena de crecimiento en México); con ello, los salarios reales podrán aumentar en esa proporción. A esa tasa, aumentaremos el ingreso por habitante de 8 mil actualmente a 35 mil dólares para el 2027.

De los 200 mil millones de inversión requeridos, solamente 32 mil, cuando mucho, serán del Estado. 20 mil de los extranjeros y 20 mil de las empresas grandes. El resto, 128 mil millones, deberá ser de los pequeños y medianos empresarios. Cientos de miles de ellos.

¿Cómo alentarlos? Ahí es donde las buenas políticas públicas son cruciales.

Invertir es diferir consumo presente para consumir en el futuro. Sólo se invierte si el rendimiento de la inversión es suficiente para inducir a consumir menos, para tener más en el futuro. Iniciado este círculo, debe ser perenne y nunca acabarse. Ésta es la esencia de la economía liberal: activar la capacidad y empuje de millones de individuos, que prefieran invertir a consumir.

El Estado debe iniciar este círculo mediante políticas públicas liberales, ortodoxas y sensatas dirigidas principalmente a eliminar estorbos y distorsiones. Entonces, el Estado prosperará porque sus ciudadanos prosperan, y con una parte cada vez menor de un pastel cada vez mayor, podrá cumplir sus funciones cada vez menores porque la población será cada vez menos dependiente.

¿Qué tienen que ver las famosas reformas estructurales con esto? Nada. Todas buscan reforzar las finanzas del Estado: reforma de pensiones para destinar anualmente, durante los siguientes 15 años, el 2 por ciento del PIB del sector productivo a pensiones de burócratas. Reforma fiscal para aumentarle ingresos al Estado y llegar a una tajada del 27 por ciento de lo que producimos todos, para seguir gastando ineficientemente a todo tren.

Reforma energética para reducir inversión pública en su vaca lechera, manteniendo prácticas monopólicas para recaudar más, deprimiendo la rentabilidad de inversiones.

Reforma laboral para abaratar más la mano de obra sin aumentar empleos aceleradamente y sin transformar sindicatos públicos. Reforma del Estado que asegure el oligopolio de la élite gobernante.

Nada de esto aumenta la rentabilidad de invertir, sino busca cumplir una lista de acciones dogmático-burocráticas, pensando que el Estado es la solución y no el problema.

No tienen confianza en el mexicano. Solamente en el dogma y las élites. Como antaño, entronizan al Estado. No son liberales. No confían en los emprendedores porque no los entienden.

¿Y con esto pretenden aumentar la inversión un 70 por ciento? ¿Usted cree?

Onerosa e injusta reforma

(El Norte, marzo 22, 2007)

Fernando Turner

Con prisa sigilosa y culpable, asociado con líderes burocráticos y en complicidad con la tecnocracia, el Gobierno federal intenta reformar el sistema de pensiones del ISSSTE.

Los efectos de este cambio serían mayúsculos, reduciendo el crecimiento económico; gravando adicionalmente a los trabajadores productivos, clase media y empresarios pequeños; incentivando la tradicional ineficiencia magisterial y burocrática; y sentando un precedente que aseguraría la desigualdad entre los trabajadores mexicanos.

Este cambio implica documentar, mediante bonos con una tasa real de interés del 3.5 por ciento anual, los onerosos e injustos derechos de jubilación que obtuvieron –por irresponsabilidad de varias generaciones de políticos que compraron con dinero de todos lealtades políticas– los trabajadores del Estado.

Servir este pasivo, estimado en más del 50 por ciento del producto nacional, costaría anualmente alrededor del 2 por ciento del PIB, cancelando inversión que genere crecimiento.

Pasar una ley de tal importancia en dos semanas, sin consultar a los afectados, indicaría que algo está substancialmente mal en nuestra democracia. Aun ante el clamor por lograr reformas, aprobarla sin discusión pública suficiente confirmaría que el ciudadano es masa y plebe, al cual se le convence con propaganda.

Además, documentar algo ilegítimamente logrado y cargarlo a la Nación, sin negociar para acotarlo a las posibilidades económicas reales y sin condicionarlo a buen desempeño, es seguir aceptando como soberanos a los políticos y tecnócratas y premiando la grilla y las componendas como medio principal de mejora en México.

Significaría que este grupo de privilegiados afianzará aún más su control patrimonialista sobre el País y los recursos de todos. Hacerlo confirmaría el tránsito nacional por una ruta caracterizada por el dogma y la cerrazón a verdaderas soluciones, condenándonos a la mediocridad, la desigualdad y la pobreza.

Las pensiones a documentar equivalen, en el caso de un burócrata con 25 años de antigüedad y un sueldo de 10 mil pesos mensuales, a un bono por 10.5 años de sueldo, o sea 1.25 millones de pesos. El bono aumentará con los intereses y las aportaciones del

Estado y del trabajador. El contraste con las pensiones de los trabajadores privados es evidente, la desigualdad inaceptable.

Con estas pensiones y la impunidad que les otorgan los sindicatos se creará una nueva generación de millonarios sin incentivo para mejorar, cancelando los anhelos de elevar el nivel educativo y los servicios al ciudadano.

Por otro lado, este cambio del pasivo contingente a definitivo se haría sin considerar la necesidad urgente de asegurar un crecimiento económico que ofrezca empleos a un millón y medio de jóvenes que entrarán anualmente a la edad de trabajar.

Adicionalmente, su aprobación sentaría el precedente para arreglos similares en Pemex, CFE, estados y municipios, cargando a la Nación con obligaciones que sólo podrán cubrirse difiriendo permanentemente el crecimiento y transfiriendo de manera masiva, y por décadas, recursos de todos los ciudadanos productivos a los burócratas.

Las élites empresariales e intelectuales, las universidades que deberían ilustrarnos con cifras duras sobre el tema y los líderes de sindicatos de trabajadores no burocráticos serán responsables de omisión al no obligar a la discusión objetiva y analítica de esta reforma y de permitir que una ley de estas consecuencias se apruebe sin la debida consideración ciudadana.

Si usted, amable lector, aprueba que el trabajo burocrático se premie reconociéndoles pensiones varias veces superiores a las suyas, a las de sus hijos trabajadores, a las de sus empleados, y que se condene a los jóvenes de este país a la emigración o al desempleo, entonces estará de acuerdo con la reforma negociada entre Carstens y Gordillo.

Si usted desaprueba, es tiempo de que los que se sienten amos escuchen a sus mandantes: los verdaderos dueños de este país.

Primero, los monopolios

(El Norte, diciembre 10, 2006)

Fernando Turner

Calderón se proclamó Presidente del empleo señalando su prioridad. El foco es correcto: desempleo origina pobreza, inseguridad e inestabilidad política y social. El Presidente manifiesta urgencia, pero no plan concreto, solicitando a su Gabinete propuestas. Las presiones le han impedido planear cómo cumplir su principal compromiso.

Opiniones autorizadas señalan que el desventajoso ambiente competitivo es la limitación principal para crecer y emplear más. Reconociendo esto, es posible identificar los inconvenientes principales y definir acciones para modificarlos. Energía cara; telecomunicaciones, servicios financieros y otros insumos clave monopolizados; onerosa y obsoleta infraestructura e insuficiente apoyo a pequeñas empresas, son las mencionadas.

De atender estas opiniones, las acciones requeridas son claras e inmediatas: bajar precios de los monopolios energéticos estatales; parar los abusos de los monopolios privados y construcción de infraestructura barata. Estas acciones podrían haber sido ya incluidas en el presupuesto. Este diagnóstico contrasta con el tecnocrático: inacción en las reformas y penuria estatal son las causas.

Según las proyecciones, a Calderón le faltarán cerca de 7 millones de puestos para jóvenes que ya están aquí con nombre y apellido, entrando a la fuerza de trabajo en el sexenio. Si eso sucede, el Presidente del empleo llegará a ser otro campeón de la estabilidad económica, pero con desorden social. Las reformas estructurales no solucionan el problema. Si estuvieran bien planteadas serían convenientes, pero son realizables a mediano plazo con resultados diferidos.

La reforma fiscal supone mentirosamente penuria gubernamental. Cuando Fox empezó, el gasto era del 19 por ciento del PIB y planteó la reforma para llegar al 22 por ciento. Este año, el Estado gastará 24 por ciento, cifra sin precedente. Es tramposo decir que no se cobran impuestos suficientes, pues el gasto se completó y sobró.

Esta mentira insinúa necesariamente una reforma fiscal –que conviene para diversificar ingresos, simplificar y bajar la energía– para gastar más, lo que es inconveniente. Dispendios en burocracia, propaganda e imagen son evidencia de exceso. Ingreso fiscal adicional implica menos a los ciudadanos con suma cero en crecimiento.

La reforma energética es peligrosa y falaz. El Gobierno ha sido incapaz de establecer mercados libres mediante la inversión privada. Al contrario, ha creado monopolios. La escasa inversión en energía no es causada por insuficientes utilidades de los monopolios, sino por exceso de gasto corriente. Que si tuviéramos autosuficiencia de gas, estaría más barato. Mentira. Tenemos excedentes petroleros y no es barato el petróleo. De tener gas en exceso, justificarían exportarlo y mantener altos precios. Si este dogma fuera cierto, EU, China e India que importan más del 50 por ciento de su energía, la tendrían más cara, lo que no sucede. La voracidad fiscal y la operación monopolística causa este abuso, el cual justifican pretendiendo pobreza fiscal.

La reforma laboral supone que con mayor flexibilidad se emplearía más gente. Esto es marginalmente cierto, pero nadie emplea sin demanda ni inversión. Además, donde realmente se requiere la reforma, en el sector público, la propuesta es omisa.

Para que Calderón cumpla su compromiso y el País se convierta en ganador, debe tomar el mando de sus tecnócratas y señalarles acciones concretas para bajar la energía y petroquímicos y hacer los ajustes necesarios en el presupuesto, antes de que se lo gasten los burócratas. Bajar un 10 por ciento los precios cuesta menos del 0.5 por ciento del PIB y se evitaría subsidiar a 7 millones de nuevos pobres. Junto con el incremento económico, esto permitiría al fisco salir ganando.

Ante los monopolios privados, toda la fuerza del Estado. Dejar de tolerarlos. Reducirles compras. Permitir importación libre de lo monopolizado. Nombrar reguladores independientes de los regulados. Evitar ser hazmerreír del mundo, paseando "robber barons" en giras presidenciales y presumiéndolos en galas. En infraestructura, hacer las cosas bien y suficientes para soportar el crecimiento acelerado que tendríamos. Convencerse que la infraestructura cara no es una solución y establecer precios competitivos en las inversiones compartidas.

Calderón nos debe acciones suficientes. La urgencia no se ha traducido en decisiones. La prioridad no ha merecido ideas novedosas. Falta foco. Está dejando el tema a su Gabinete que responderá con tibiezas. Esperamos que el temperamento del Presidente se manifieste pronto y cambie las cosas para que tenga éxito en su compromiso y con él también el País.

Teoría vs. Realidad

(El Norte, octubre 22, 2006)

Fernando Turner

La pregunta es ociosa para quienes creen que un doctorado en una catedral del monetarismo, experiencia burocrática y un refresco dogmático en el FMI capacitan para acelerar el desarrollo. Para otros, la pregunta es relevante, dados los pobres resultados en empleo y bienestar logrados en los últimos 25 años por financieros con atributos similares. Muchos añoran a aquellos financieros con menos títulos, pero más sentido común y sensibilidad política.

Podemos ser conservadores y celebrar los magros resultados económicos de este periodo, pero si viviéramos la pobreza, ésta nos llevaría a gritar la urgencia de mayor crecimiento. Ciertamente se ha logrado estabilidad económica, pero también insuficiente desarrollo ante el intolerable estado de pobreza de la mitad de la población. Su causa es principalmente la anémica generación de empleos desde los años 80, cuando se cambió el modelo económico agotado, fallando en encontrar sustituto eficiente.

Aunque la situación reclama mantener los programas sociales mientras se crean empleos, la prioridad no es aumentar el gasto, sino generar 9 millones de plazas en el sexenio, sólo para no aumentar más el desempleo. Esto implica motivar inversiones privadas 60 por ciento superiores al nivel actual. Conseguir que los 4 millones de empresarios nacionales decidan incrementar la inversión depende primariamente de que las políticas propuestas los convenzan de que con su aplicación se crean las oportunidades de ganar lo necesario para poder arriesgar su patrimonio y de que se establezcan mecanismos efectivos para nivelar el campo competitivo. Si no se convencen, la inversión nacional seguirá escasa. Las oportunidades de ganar lo suficiente dependen de variables económicas que los tecnócratas no han sabido identificar e incluir en su recetario.

¿Sabe Calderón cómo acelerar la inversión privada en un 60 por ciento y dirigir a Carstens?

A juzgar por su discurso, su oferta es insuficiente y sin los elementos esenciales. Tiene las ganas, la energía y la visión, pero no el cómo. Sus asesores le han fallado. El "flat tax", el turismo y el desarrollo regional no son herramientas bastantes, pues no ordenan las variables que permitan generalizar inversiones rentables.

Carstens tiene que saber, para que Calderón sea un presidente exitoso. Sus títulos académicos garantizan que tiene teoría suficiente para la investigación o la docencia; su experiencia burocrática, que conoce los mecanismos del sector financiero. Su cercanía al

FMI demuestra su ortodoxia. Pero, ¿alguna vez ha pagado alguna nómina o invertido sus ahorros en algún negocio? ¿Ha exportado pagando los precios de energía más caros del mundo y sido despojado por los monopolios privados? ¿Reconoce que –aun con la inversión entusiasta de los protegidos– sin la inversión de millones de chiquilines, el empleo no se dará? ¿Ha aprendido de la realidad o querrá, como sus antecesores, cambiarla para que funcione la teoría?

Si ha tenido esas experiencias, encontrará los defectos a la ecuación ortodoxa y la tropicalizará para inducir la inversión necesaria. Hablará de un equilibrio fiscal, eliminando gastos superfluos, simplificando y liberando al causante cautivo, eliminando privilegios fiscales, reduciendo la evasión y, sobre todo, nivelando competitivamente los precios de energía. No hacer esto último es decir adiós a los empleos y perder autoridad moral cuando quiera controlar a los monopolios privados. Privilegiar el gasto burocrático y el dogma como razón para mantener cara la energía es destinar a Calderón a inventar nuevos pretextos para el final de su sexenio.

Si sabe, encontrará soluciones para evitar la sobrevaluación actual del Peso, misma que se acentuará con las exportaciones de petróleo y las remesas, a costa de estancar el empleo del sector productivo liberalizado. Si ha aprendido de la realidad, señalará que una apertura al exterior sin liberalización interior y con una moneda sobrevaluada es lanzarse al ring a que los gorilas te acaben.

Si conoce cómo, explicará a Calderón que la teoría económica aplicada supone libre competencia y libre información, y que es contraproducente mantener baja la inflación sin eliminar los monopolios y sin aumentar significativamente la productividad, que provenga de mayor inversión y mejores políticas públicas.

Si sabe, predicará que no existe una disyuntiva real entre crecimiento acelerado, baja inflación y estabilidad. Que un economista de peso pesado como él sabe cómo lograr los tres objetivos juntos. Nos mostrará que tiene un apetito insaciable por la excelencia, que no se conformará con el sabor de la mediocridad y que ayudará a Calderón a elaborar la receta para convertirse en el Presidente de un México exitoso y ganador.

Si es el adecuado pronto lo sabremos, si empezamos a escuchar el compromiso y nuevas ideas. Si no lo es, pobre Calderón y pobre México.

Divergencia

(El Norte, agosto 30, 2006)

Fernando Turner

En los últimos 20 años nuestro nivel de vida se ha separado del de los países desarrollados. Asombra la creciente diferencia entre la prosperidad norteamericana y nuestra realidad. A unos metros, el choque es doloroso, no obstante que la frontera es nuestra región de mayor crecimiento. Comparar el desarrollo de San Antonio con el de Monterrey o Guadalajara produce el mismo efecto. Cada vez nos parecemos menos a los países avanzados y más a los atrasados. Esta tendencia es intolerable y urgente su reversión.

Cada uno tenemos una explicación diferente para esta divergencia: escasa educación, dedicación o disciplina; la historia, cultura o religión; los gringos, el sistema político u otra que nuestra intuición indique. Muchas llevan a concluir que estamos condenados al subdesarrollo, la pobreza y la desigualdad. Ninguna explica nuestro logro, sostenido durante décadas, de los más altos crecimientos a nivel mundial junto con Japón y Brasil y por qué el crecimiento se desaceleró en los 80. Tampoco que otros países con mayores lacras y menores recursos se hayan desarrollado más rápidamente. Corea y Taiwán tenían un ingreso por habitante inferior al nuestro y ahora nos superan varias veces. China e India, con más impedimentos, tienen décadas creciendo vigorosamente y pronto se convertirán en las economías más grandes del planeta.

También son variadas las explicaciones a ese acelerado desarrollo: que China es una dictadura, olvidando que la India es la mayor democracia mundial. Que India tiene una educación excelente en ingeniería, desconociendo que México tiene más estudiantes de ingeniería per cápita que Estados Unidos, pero los graduados no encuentran trabajo. Que China no tiene problemas políticos, cuando el año pasado tuvieron 85 mil manifestaciones de protesta.

Tampoco se considera que tenemos ingresos masivos de divisas por petróleo y remesas; privilegiada geografía, población joven, libertad y estabilidad políticas –porque a pesar de todo no hay rompimiento institucional– y otros muchos activos.

Se omite lo obvio. No crecemos por mala administración e inadecuado manejo. Por malas políticas. Las explicaciones populares permiten el ejercicio del poder público con irresponsabilidad ante los fracasos. Se exonera a los responsables que nos piden ansiosamente el poder para ejercerlo ineficazmente, siempre justificándose. Ofrecemos la coartada a los que dirigen la economía imponiendo políticas que premian la burocracia

privilegiando el ingreso del gobierno sobre el particular. Políticas que aumentan trámites, requisitos y papeleo; que protegen monopolios.

Esto tiene solución rápida si nos proponemos dejar las ideas viejas y probar las que funcionan en los países exitosos. Si abandonamos dogmas y actuamos con sentido práctico y con la urgencia obligada ante la pobreza y desigualdad lacerantes. Si nos olvidamos de recetas teóricas y escuchamos a los emprendedores que reclaman menores costos de energía, infraestructura competitiva, control de los monopolios. Si evitamos un tipo de cambio sobrevaluado por las exportaciones de recursos naturales y complementamos la política monetaria con medidas reales promotoras de eficiencia.

No es necesario perder años construyendo alianzas políticas para legislar reformas estructurales. Lo urgente es dejar lo trillado y priorizar lo importante según los que invierten y arriesgan, iniciando un círculo virtuoso de mayor inversión, mejores políticas, más eficiencia, más empleo y más desarrollo.

Eso es lo nuevo en desarrollo económico. Lo que, ojalá pronto, México aprenderá. Cuando lo haga, liberaremos la iniciativa y creatividad particulares ahora contenidas. Incrementaremos la inversión, la productividad y el empleo. Aumentará la base gravable y el Estado tendrá ingresos sanos de una sociedad prosperando, con lo que podrá invertir más gastando menos y empezaremos la convergencia con los desarrollados.

Fast track

(El Norte, junio 11, 2006)

Fernando Turner

Nunca han sido tan evidentes las ideas equivocadas que sobre desarrollo tenemos en México como ahora ante la grave obligación de elegir a un nuevo Presidente. Esta confusión, explotada por la propaganda electoral carente de propuestas y preñada de ataques, marcará el sentido del voto de millones y definirá el mandato que el ganador considerará haber recibido.

Nunca como ahora se requiere sabiduría ciudadana. Ahora, la democracia –un sistema de Gobierno que apodera a la gente común para que imponga votando su visión del País– debe conducirnos a la mejor alternativa.

Para votar atinadamente no debemos perder de vista la necesidad más ingente de la nación: creación urgente y masiva de empleos y reducción de la pobreza principalmente mediante el trabajo.

Un crecimiento acelerado de empleos implica un cambio de política económica. La actual no crea suficientes oportunidades para encontrar proyectos rentables, impidiendo lograr un nivel de inversión nacional que acelere la eficiencia de la economía para crear el necesario millón y medio de empleos anuales bien remunerados.

No funciona esta política porque privilegia el equilibrio financiero del Estado, aunque existe un evidente dispendio e ineficiencia en su gasto, por sobre la viabilidad de las empresas, encareciendo la energía y la infraestructura y reduciendo inversión pública productiva. Porque deprime la economía, las utilidades y los salarios –la base gravable– y pretende recaudar más. Con esta prioridad, sin limitar al Ogro en su insaciable apetito por gastar, no habrá incentivo económico para compensar el sacrificio y el riesgo de ahorrar e invertir, en lugar de consumir.

Protegiendo, como se hace, las prácticas de los oligopolios que dominan amplios segmentos económicos, el ciudadano evitará invertir para no convertirse en siervo de los proveedores de energía, telecomunicaciones, banca, infraestructura y otros. Por más eficiente que sea una inversión en actividades sujetas a la competencia, no será suficiente para llevar a remolque a rentistas protegidos por un Estado que los ensalza y a paraestatales ineficientes.

La actual política económica no producirá suficientes empleos, aun con las reformas estructurales, porque éstas prometen energía competitiva para un futuro distante, basándose en una falacia de mercado, cuando su precio se fija para que el estado gaste más.

No funciona, porque nuestros tecnócratas, gobernantes sin responsabilidad y sin legitimidad, no reconocen el exceso de divisas petroleras y remesas, que distorsiona el mercado y lo deforman adicionalmente con altas tasas de interés reales. Esta política hace que lo único barato sea el dólar, lo que subsidia las importaciones, penaliza las exportaciones, topa precios de los productos nacionales liberalizados y desanima las inversiones.

La política actual no puede crear empleos suficientes porque la banca es un oligopolio apapachado por el gobierno, que gana sin prestar, mientras las empresas medianas y pequeñas, que son pilar y principal motor de crecimiento, se desgastan por el inhóspito ambiente económico, ante el dogmatismo de las autoridades financieras que esperan un milagro del mercado, ausente aún en países con un sistema bancario competitivo.

Debemos votar por quien se comprometa a lograr el potencial de crecimiento del País. Que mande a los tecnócratas. Que tenga ideas nuevas y el valor de desechar las obsoletas. Que ponga en orden a los monopolios privados y públicos. Que domine el ansia burocrática de dar y dar y se dedique a establecer las condiciones para crecer y crecer. Que instale sistemas robustos y permanentes de apoyo a las pequeñas y medianas empresas y no cubra ese expediente lanzando migajas a un sector sin representación política que puede ser olvidado otro sexenio. Que maneje los legítimos mecanismos del Estado para esterilizar las divisas excesivas que dañan el aparato productivo y que convierten a la economía en una puerta giratoria por donde así como entran los petrodólares, salen en importaciones improductivas, dejándonos sin petróleo, sin dólares, sin empleos y sin mercados.

Si exigimos estos cambios al próximo mandatario, México va a crecer en "fast track". No por el gasto del Estado, sino porque dejarán de estorbarnos con políticas públicas idiotas y podremos desplegar el potencial colectivo. Si lo hacen, los pobres tendrán lo que piden a gritos: empleos, oportunidades, alicientes. No dádivas. Si se hace, México será pronto –en una generación– un país de emprendedores exitosos y una nación ganadora, próspera, respetada, estable, justa y segura.

Cero excusas

(El Norte, mayo 14, 2006)

Fernando Turner

En México ha sido generalizada la simpatía y apoyo formal a las protestas de inmigrantes realizadas en EU, así como notoria la ausencia de medidas que eliminen la causa que origina la emigración masiva. Sería más útil que las manifestaciones se efectuaran ante los causantes de este drama que es la expulsión anual de 450 mil mexicanos, si queremos que éstos asuman una responsabilidad que hasta la fecha han eludido.

La causa raíz de la emigración, que afecta ya a 20 millones de personas, es la incapacidad del sistema económico para emplear a los jóvenes que han entrado a la fuerza de trabajo. De un total de 25.3 millones de personas que llegaron a la edad de trabajar a partir de 1980, nuestra economía ha creado 7.4 millones de empleos formales, generando un déficit acumulado de 17.9 millones de puestos. Casi un millón por año. Este faltante ha sido cubierto con la emigración y con actividades informales y desempleo. Huelga señalar el impacto de este faltante en la depresión del nivel general de salarios, pobreza, desigualdad, inseguridad y otros desajustes sociales.

Mientras tanto, naciones con mayores problemas y carencias, aplicando políticas que alinearon los incentivos hacia la inversión y la productividad, han logrado mantener localmente a la población acelerando su desarrollo.

Durante unos años fue posible achacar la falta de crecimiento a los errores populistas de regímenes pasados. Posteriormente se buscaron excusas más sofisticadas, pero igualmente falaces. La supuesta falta de educación, laboriosidad o disciplina del mexicano; o bien, la corrupción generalizada, ausencia del estado de derecho, inflación, escasa demanda internacional. Una larga letanía de excusas para distraer a la opinión pública de la causa principal del problema: un manejo inadecuado de las políticas económicas básicas que genera un desincentivo a la actividad emprendedora, disminuyendo la inversión, la productividad y, consecuentemente, el empleo.

La persistente lucha exclusivamente monetarista para abatir la inflación al subir las tasas de interés reales, ha abaratado el dólar y consecuentemente ha deprimido los precios de los bienes sin protección monopólica. El exceso de divisas provenientes del petróleo y remesas acentúa la barata. Un tipo de cambio así mantenido ha favorecido a las importaciones y penalizado la producción interna, impidiendo una adecuada rentabilidad de la mayoría de los sectores, inhibiendo las inversiones y el empleo.

El Gobierno –y los burócratas de todos los niveles– en su gula presupuestívora, aprovecha sus monopolios y exagera los precios de sus productos y servicios sin entender que con eso desincentiva la inversión y que el empleo no creado le rebota en mayores necesidades de apoyos sociales y mayor emigración.

Este círculo vicioso, que ha sucedido en otras sociedades, se conoce como "mal holandés" o "mal del recurso" y es persistente en naciones que, como México, se sostienen mediante ingresos no generados por su aparato productivo. El destino de dichos pueblos –de no aplicar medidas apropiadas que eviten la apreciación de la moneda y la pérdida de competitividad de sus sectores abiertos– es el estancamiento con desempleo persistente y acentuada desigualdad. Sorprendentemente, ningún analista económico en el País menciona este conocido síndrome o se ocupa de analizarlo.

¿Por qué no alinear estas variables y lanzar al País en un camino de desarrollo acelerado, creación de empleo y retención de la población? Porque no hay incentivo para hacerlo. Los que dirigen la economía han logrado honores y prestigio, no obstante el fracaso en lo que importa: empleos y bienestar mediante el trabajo. Porque nos hemos contentado con la mediocridad de una estabilidad estática. Porque nunca han emprendido ni arriesgado su dinero y no entienden al que lo hace. Porque han sido arrogantes y no escuchan a los que sí invierten. Porque han podido vivir muy bien de nuestros impuestos, sin exponer su patrimonio. Porque es más fácil regalar el ingreso del recurso no generado. Porque le pueden echar la culpa a los gringos, a los mexicanos, a la falta de derecho, a... pero nunca a su falta de talento y escaso amor a México.

¡Basta de excusas! El nuevo Gobierno debe comprometerse, sin reservas, a crear un millón y medio de empleos anualmente y organizarse para lograrlo.

Monopolios

(El Norte, marzo 29, 2006)

Fernando Turner

México es, formalmente, una república democrática y representativa, operando bajo una economía de libre mercado. Lo primero implica una vida en la cual nuestros representantes en la administración pública se eligen mediante votaciones en las que cada ciudadano cuenta igual. Vale lo mismo, legalmente, un voto de Slim o Azcárraga que uno de Juan Pérez. La economía liberal supone la concurrencia libre de oferentes y consumidores, es decir, la eliminación de barreras y ventajas indebidas que privilegien a algunos, para que se pueda participar equitativamente en cualquier área que ofrezca atractivos. Así se asegura la más amplia oferta de productos y servicios para obtener precios, calidad y servicio justos favoreciendo los demandantes a quien más los beneficie. Es decir, una economía sin monopolios. En estas condiciones, se permite la operación eficiente del mercado y la libre competencia, optimizándose los recursos disponibles y lográndose la mayor eficiencia.

El resultado sería amplia libertad política acompañada de creciente bienestar económico con mayor igualdad social. Un gobierno legítimo promueve estas condiciones evitando intervenir innecesariamente, pero haciéndolo cuando el interés colectivo lo requiere.

El estancamiento económico de los últimos 30 años tiene uno de sus principales orígenes en el divorcio entre la política y economía reales y la formal. Reduciendo esta divergencia se aceleraría la economía y mejoraría el bienestar mayoritario, al mismo tiempo que se solidificarían las instituciones que permitan ampliar la democracia y libertad.

Lejos de avanzar en la dirección correcta, se presentan retrocesos inaceptables. En lo político, con honrosas y escasas excepciones, partidos y políticos están dispuestos a regalar los bienes comunes, a aumentar privilegios y a preservar monopolios si piensan que eso les permite ganar posiciones. Sin ideas ni visión, se refugian en la mercadotecnia para justificar ineficacia e irrelevancia. Sin respeto, dilapidan los recursos en la prédica de miedos y el lanzamiento de lodo. Todo, cuidando escrupulosamente las formas y reglamentos en un actuar farisaico. El voto de los poderosos –los menos en el País– termina siendo mayoría fáctica que determina elecciones y acciones de gobierno. El gobierno delega facultades públicas a monopolistas quienes se encargan de preparar planes y visiones nacionales, educar al ciudadano y establecer los valores sociales imperantes. La democracia se sustituye por la oligarquía.

Al mismo tiempo, los monopolios estatales y privados se fortalecen. Los estatales, estúpidamente apoyados en una ortodoxia que favorece equilibrio fiscal a base de excesivos precios de energía y servicios, sin limitar el dispendio y las dádivas a los poderosos; sin consideración ante la anemia y falta de competitividad del aparato productivo liberalizado y la nula creación de empleos. Los monopolios privados se fortalecen por el interés espurio entre los políticos y los señores del dinero buscando asegurar apoyos y complicidades. La manifiesta falta de voluntad política del Estado para controlarlos contradice su apoyo formal al liberalismo económico e inutiliza y hace contraproducentes sus instrumentos de política social, comercial, monetaria y fiscal.

Lejos de liberalizar el mercado interno, los políticos –equivocadamente pensando que el pueblo es imbécil– reaccionan otorgando mayores prebendas y bienes nacionales a los mismos pocos, buscando ventajas de facción. Tal es el caso de la inminente "ley Televisa"; los apoyos fiscales directos a los bancos en el Boletazo; el IPAB y sus ventas de cartera a favorecidos y otros, que aseguran ineficiencia económica.

Luego nos asustamos de quienes predicán cambio. Los que lo hacen aprovechan los desfiguros públicos. Reaccionamos buscando más de lo mismo. Otros radicalizan el discurso. Nos conformamos ante el otorgamiento de prebendas y privilegios a los mismos. La consecuente impaciencia del pueblo lo anima a votar por quimeras; halagamos al monopolista y lo elevamos socialmente. Legitimamos así el radicalismo. Tememos ahora al millonario rentista y hablamos en susurros de sus abusos. En lugar de buscar un cambio inteligente y ordenado nos arrinconamos en la defensa de lo indefendible. Si tenemos éxito, estaremos logrando pobreza para la mayoría y privilegios a los pocos.

Mito del tipo de cambio

(El Norte, febrero 05, 2006)

Fernando Turner

La causa principal del bajo crecimiento económico es una inadecuada configuración de políticas económicas que reduce el incentivo para invertir y emprender. Con el equilibrio macroeconómico se originaron efectos negativos, como la sobrevaluación del peso. El precio de nuestra moneda en relación al dólar es muy importante porque define en buena medida el nivel de precios internos, dada la apertura al exterior. Aunque algunos mantengan que éste no afecta la competitividad, sabemos que sí lo hace.

Cuando es más barato comprar fuera de México, lo hacemos y si un producto chino cuesta menos que uno nacional, preferimos el asiático. Un artículo extranjero puede estar más barato porque se produjo más eficientemente o porque el tipo de cambio esté sobrevaluado. Un productor mexicano puede utilizar menos material o energía pero si el peso está sobrevaluado, el precio de su producto será más caro y no podrá competir dentro o fuera de México.

Si nuestros financieros nos dicen que el precio de la moneda está bien porque lo fija el mercado y que debemos ser eficientes, lo que hacemos es dejar de invertir y convertirnos en rentistas, importadores, políticos o burócratas.

Una moneda está sobrevaluada si con la misma cantidad de dinero compras más en el exterior. Es incompetencia si los que administran las finanzas públicas no saben medir el valor real y sólo discuten teorías. Su posición tiene, sin embargo, un fin útil para ellos.

Revaluando es más fácil reducir la inflación, porque las importaciones valdrán menos en pesos y se forzará al productor nacional a bajar sus precios. No hay que combatir a los monopolios, bajar el costo de la energía o los intereses reales. El pagano es el productor nacional no monopolístico, sus proveedores y empleados. El primero se descapitaliza y deja de invertir. Los trabajadores son eventualmente despedidos. Mientras tanto nuestros "gurús" mantienen que la sobrevaluación beneficia al consumidor, callando que para ser consumidor primero tengo que vender lo que produzco o tener trabajo.

¿Cómo puede una moneda sobrevaluarse sujeta a las fuerzas del mercado? En México la política monetaria está orientada a bajar la inflación originando tasas de interés reales muy altas. El año pasado fueron de las más altas del mundo. Con esto entraron 12 mil millones de dólares golondrinos, para alcanzar un acumulado de ¡178 mil millones de dólares! Este dinero volátil es un detonador de una nueva crisis. Junto con las del petróleo

y remesas, la entrada de dólares es excesiva. Cuando algo abunda, baja su precio. Entonces, lo importado es más barato y entregamos el mercado a los extranjeros. Sin ventas no hay inversión y sin inversión no hay empleo y tampoco crecimiento... hasta que baje el petróleo, generando otra crisis que nuestros gurús endosarán a otros.

¿Qué hacemos? Aceptar que el problema es de políticas económicas y que está en nuestras manos resolverlo. Despojarnos de mitos y fundamentalismo y rediseñar nuevas políticas según nuestra realidad, estableciendo como objetivo acelerar este país para crear un millón y medio de empleos anuales durante los siguientes 30 años. Sin un tipo de cambio competitivo esto no es posible, reformas estructurales o no. No devaluar, pero es indispensable bajar los precios internos, principalmente de insumos monopólicos, y dejar de estorbar la productividad desde el gobierno. Con esto sería posible ajustar las tasas de interés a las necesidades de invertir, pues la inflación bajaría. La moneda tomaría un nivel más real. Si seguimos esperando, más riesgo de crisis. Es imprudente exponernos a lo que ya nos ha pasado. Si los empleados que tenemos no pueden, vamos a cambiarlos.

Mitos del crecimiento económico

(El Norte, enero 15, 2006)

Fernando Turner

Esta semana se publicó la "histórica" cifra de inflación que se registró en 2005. Los comentarios no se hicieron esperar, siendo palpable la confusión que priva respecto a las causas del divorcio entre los logros estabilizadores y los objetivos de crecimiento.

Los planteamientos se basan generalmente en dogmas que los proponentes defienden. Algunos achacan el estancamiento a la falta de reformas adicionales, no obstante que México es uno de los países con mayores reformas en los últimos 20 años. Otros atribuyen la causa al sistema político, sin comprobar si es inferior al de los países con alto crecimiento. Otros opinan que la falta de educación, carácter u otros motivos son los causantes.

Estas líneas pretenden ofrecer una perspectiva nueva. Nuestro planteamiento es que una inadecuada configuración y ensamble de políticas económicas básicas que individualmente consideradas son por lo general aceptadas, reduce los incentivos para ahorrar, invertir y emprender. Esto ocasiona insuficiente inversión pública y privada, disminuye la productividad nacional y limita la creación de empleo y bienestar.

El ensamble de dichas políticas y la rigidez en su defensa a ultranza junto con equilibrios ha producido: a) una inadecuada sobrevaluación del tipo de cambio al dejarlo "a las fuerzas del mercado" ante el ingreso excesivo de divisas por la exportación petrolera, remesas e inversión extranjera de portafolio; b) una disminución acentuada del rendimiento en los sectores productivos, por la insuficiente liberación interior indispensable ante la acelerada apertura al exterior; c) un excesivo costo de energía e infraestructura y escasa inversión del Estado para lograr un equilibrio fiscal; y d) un gran desequilibrio entre los precios relativos de los bienes de los sectores oligopólicos y monopolísticos, y los del sector productivo liberalizado por una lucha antiinflacionaria exclusivamente monetarista, que además encarece el crédito y origina ulterior apreciación del Peso.

Consecuentemente, el equilibrio macroeconómico logrado inhibe la inversión al impedir rendimientos razonables en grandes sectores de la economía, frenando la productividad y competitividad, el empleo y el crecimiento.

Nuestro mercado interno y externo se entrega entonces a los productores extranjeros, generando un déficit comercial creciente de productos manufacturados, el cual se

equilibra con los ingresos petroleros. En este intercambio el empleo disminuye. Al final, se acaba el petróleo y no queda nada.

El síndrome descrito o "Mal holandés" se presenta en países altamente exportadores de recursos naturales, que no adoptan medidas económicas para evitar la sobrevaluación de sus monedas y la consecuente pérdida de competitividad de su sector productivo. Estos países se condenan al estancamiento, la desigualdad y la pobreza.

Se propone, entonces, ajustar las políticas económicas básicas, para generar un nuevo equilibrio macroeconómico que detone el crecimiento. Sugerimos que, sin necesidad de grandes reformas, como en China, India, Irlanda y otros países, se eliminen las restricciones clave que desaniman el emprender y producir, para permitir que se despliegue la capacidad total del mexicano.

La incapacidad de vencer los dogmas equivocados es el verdadero freno del País.

Información que apoya nuestras tesis y medidas concretas para alcanzar el nuevo equilibrio planteado se encuentra en www.propuestamex.org. De adoptarse las medidas sugeridas, sería posible acelerar nuestra economía. Los países que tanto admiramos en cuanto a crecimiento lo han logrado. Nosotros también podemos.